

MOISÉS VINCENZI

PRINCIPIOS  
DE  
CRÍTICA  
FILOSÓFICA



EDITIONS "LE LIVRE LIBRE"

26, Avenue de l'Opéra, 26

P A R I S

MCMXXVIII

V774R

Sistema de Bibliotecas - UCR



110710

PASIVA

110710 C.3

6 JUL 1971



Copyright by  
Moisés Vincenzi.

X

GENERALIDADES

## GENERALIDADES

A medida que el mundo crece, se va sintiendo, con mayor fuerza, la necesidad de organizar mejor la apreciación y manejo de todos los ramos del conocimiento, con el recurso de la crítica. Spengler afirma, en su libro *La Decadencia de Occidente*, que dos hombres de diversas razas son incapaces de entenderse entre sí, como si tuviesen sentidos distintos para apreciar la vida. Y es cierto y hay más, todavía: el fenómeno también puede ocurrir entre dos personas de un mismo origen racial que vivan en barrios diferentes de una misma ciudad. El símbolo de la torre antigua en que se hablaron idiomas diferentes tiene, advertido en forma plástica, el significado entero de las anteriores palabras de Spengler. Pare-

ciera que el esfuerzo del hombre consiste en diversificarse de una manera ilimitada, confundiendo todo, multiplicándolo todo, dentro y fuera de sí mismo, como si la claridad fuera un plano de partida que se abandona, cada vez más, en la Historia.

Sin embargo, queremos darnos a entender entre sí, con una claridad que estamos muy lejos de conseguir, en cualquiera esfera del espíritu. Y, con una ingenuidad cuyo análisis llena de asombro, nos creemos entendedores y entendidos de todo, como si las mismas palabras no tuviesen, en cada momento distinto en que se emplean, un valor espiritual y material diverso del que le suponen estratificado las Academias. ¿Habéis visto, entonces, mayor absurdo que el cometido, por ejemplo, por las múltiples escuelas literarias, cuando se atacan recíprocamente acaso porque no son todas una sola escuela, ejercida de un mismo modo, por unos hombres que han de tener idéntica sensibilidad?

El desarrollo cíclico del hombre reconocido hoy por máximos autores de la filosofía de la Historia, ¿no revela que nada pasa en el tiempo para tener una muerte

eterna? ¿En qué sitio pondrías hoy al viejo Góngora, dentro del campo de las escuelas modernas, si resucitase y publicase sus versos en una revista europea? ¿No dirías, al menos, que el suyo no sería un caso de añejismo poético? Se hablaría, de seguro, con cierto desdén, de un ultramodernismo gongorino, pero jamás de una obra clásica catalogada en los estantes de una biblioteca antigua. ¿Y no ocurriría cosa semejante con los primitivos pintores de Italia?



Pero es más grande todavía la complejidad en que se vive. ¿Estamos seguros de entendernos a nosotros mismos?

Un espíritu ágil contestaría esa pregunta con otra no menos difícil de ser contestada con acierto: ¿Estamos seguros de no entendernos a nosotros mismos? Ni de lo uno ni de lo otro. La realidad absoluta parece a los grandes especuladores un ideal absurdo, pero necesario. Es paradójico unir la necesidad a un ser falso. Sin embargo, el hombre vive de paradojas, cuyo comercio continuo representa toda una filosofía práctica,

que es la única que le interesa, en el fondo. ¿Y qué ha realizado el filósofo para determinar su conducta espiritual? Métodos, infinitos métodos, que se han desprendido de un punto de partida *evidente*.

Mas se ha olvidado analizar el criterio de *evidencia*.

Descartes afirmó lo *evidente* y entendió haber encontrado la primera *evidencia*: «Pienso, luego soy.» Este principio, analizado con rigor, resulta ser, en sustancia, una simple afirmación de valor relativo. Bastan las siguientes preguntas para demostrarlo: ¿Que es el pensamiento? ¿Cuál es su naturaleza, cuáles sus límites, sus categorías? ¿Es uno el pensamiento? Si es uno, ¿por qué múltiples seres lo ejercitan? Si fuera el pensamiento un ser, uno, ¿podría ser objeto de una determinación idiomática, es decir, múltiple, puesto que no existen palabras UNAS indivisibles, ÚNICAS, para ser realmente exactas?

Según Descartes, el «pienso, luego soy», es el primer ejemplar de evidencia, en su escala de conocimiento. Luego la verdadera evidencia no existe.

¿Adónde está, pues, el punto de partida

absoluto para llegar al conocimiento de nosotros mismos?



Lo anterior no estaría bien explicado si no hablásemos un poco más de la *evidencia*. ¿Existe? ¿Cuál es su cualidad característica? ¿Y su extensión, en el tiempo-espacio en que ocurren todos los fenómenos?

La *evidencia*, como se ha entendido hasta aquí, es una extrema claridad de percepción espiritual. Bergson acaso diría que es la extrema potencialidad intuyente realizada en un caso dado. Kant, la más completa categorización de un pensamiento, o de un sentimiento, circunscrita por la razón. Un tercero podría decir que la evidencia es la inteligibilidad directa de un momento psicológico.

Sin embargo, ninguna de estas definiciones es la exacta. La intuición bergsoniana es tan incapaz de *determinar* con límites perfectos un caso de *evidencia absoluta*, como la razón categorizante de Kant, o la vitalista del psicólogo moderno. Basta decir que nadie ha determinado ni podrá

determinar los límites perfectos de las facultades psicológicas para entender que lo indeterminable no puede determinar nada. Y, por tanto, que la evidencia no es un caso aislado de unidad absoluta.

Es posible aclarar más nuestra tesis interrogando al lector: ¿Hay, en lo evidente, una zona idéntica de evidencia? Si no existe la zona constituida de partes iguales, ¿tiene un núcleo evidencial? ¿Luego no hay en esta zona *clara* múltiples categorías de claridad? ¿Y no ocurre lo mismo en la parte más viva del núcleo indicado?

Infinitas dificultades han de ir surgiendo al analista de todas las escuelas cada uno de los problemas ciertos que se sugieran, y que Descartes mismo no entrevió extremando, como lo hizo, el examen íntimo de su mente.

La evidencia de su «pienso, luego soy» no pasó de ser un fenómeno psicológico tan indeterminable como otro cualquiera.

¿Es, entonces, lo indeterminado lo único determinado de la Filosofía? ¿No queda en esa pregunta inquietante una desesperada contradicción que no somos capaces de eludir?



Todo el conocimiento humano parte de principios no examinados. Este hecho extraño se debe a la confianza que han tenido los hombres en el fenómeno primitivo e instintivo de la evidencia. Y ya se ve la fragilidad filosófica de esa conducta.

Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que la vitalidad todo lo evoluciona, o transforma simplemente. Y lo evidencial ha sufrido la metamorfosis biológica que le ha correspondido en la Historia.

La evidencia popular no es la misma que se advierte en la Ciencia, o en la Filosofía, o en el Arte. Fué evidente que la tierra era plana y era el centro del Orbe. Hoy es evidente, de manera científica, que es redonda y no es mas que un grano de polvo en el cielo.

Pero las filosofías que se desprendieron de la evidencia de cada época están marcadas por sus errores característicos. Y si se piensa en que cada pueblo tiene su modalidad espiritual propia, hay que reconocer que sus evidencias son otras y sus verdades y sus errores, otros. Las épocas

mismas, mientras más complejas son para el número de países y la cantidad y calidad de sus habitantes, más diversidad de evidencias *contrastables, contradictorias*, hacen irrumpir a los ojos del crítico. ¿No es ésta una prueba de la fragilidad del mundo evidencial?

Así se comprende la magnitud de la tragedia que entraña el hecho de que todo el conocimiento humano se derive de principios evidentes.



La lucha de escuelas se explica, en su mayor parte, no por la razón de un matiz esencial que representen esas escuelas, sino por los errores de sus planos de arranque, por sus *evidencias fundamentales*: el eterno pecado originario de toda obra humana. ¿Quién que crea en la evidencia de sus principios doctrinarios no está a un paso del fanatismo? El fanatismo es hijo legítimo del fenómeno evidencial; la duda crea la tolerancia. Pero, ¿qué valor tiene en la vida suspenderse en la inacción de la duda? Hay que afirmar, o vivir triste, o

perecer; es decir: hay que encontrar la evidencia para fanatizar la mente en el ejercicio ineludible del pensamiento práctico. El trabajo impone rapidez en el brazo que obra y, el fanatismo propulsa, como ninguna otra fuerza, la acción.

Sin embargo, el libre examen de las evidencias, para estar en aptitud de escoger después las más amplias, debe ser la primera tarea del hombre. Que no es propio de la cultura superior tomar las evidencias populares por las científicas y cruzar más tarde por el sino fanático de la obra en las categorías equívocas del instinto. Mas, ¿quienes realizan este libre examen de sus verdades primarias? ¿Cuál de los fanáticos del Arte moderno, por ejemplo, lo ha realizado, con entera amplitud, siquiera fuera para el servicio exclusivo de su propia conciencia? Bastaría interrogar a un futurista, a un impresionista, a un cubista, a un dadaísta, a un conservador del arte clásico, sobre la teoría fundamental de sus credos, esto es, sobre sus evidencias primarias, para convencerse de que el mundo es inconsciente del curso que sigue, en lo hondo del espíritu, la vida improvisada de

emociones e ideas. Y de aquí la lucha de sectas, ciega, exagerada, desordenada, que llena de banalidad la vida moderna.

No habrá medio definitivo para acabar con esas luchas. Pero es preciso dignificarlas, en una revisión crítica total de la ideología contemporánea.



La tarea de revisión total de los fundamentos evidenciales del pensamiento moderno es empresa sólo realizable por algún tratadista alemán. Véase, si no, la lista de monografías que es preciso elaborar, con la paciencia centenaria del germano:

- a) Revisión de las evidencias científicas, en todos los ramos. Sus errores; sus aciertos.
- b) Revisión de las evidencias filosóficas en todas las escuelas modernas.
- c) Revisión de las evidencias artísticas en todas las escuelas.
- d) Evidencias religiosas.

Tómese cualquier ramo del conocimiento y trácese su mapa mundial. Cada región del planeta tiene su matiz particular, sus relie-

ves propios. La política china, por ejemplo, difiere de la francesa, tanto como los chinos de los franceses. ¿Cuál de los dos sectores conserva las evidencias más hondas? Hay más, aún: entre Alemania y Francia, ¿cuál de las dos es más avanzada? ¿Se podría juzgar este problema por los éxitos políticos de cada país? Rusia y Alemania están más lejos de Francia que América, en ciertas materias de la política. Cuestión de razas, se diría. ¡No! Motivos no estudiados fundamentalmente por nadie, todavía. Existen más nexos entre la ideología política de Francia y los Estados Unidos de Norte América, que entre España y Francia. Debemos afirmar, sin embargo, que la Ciencia moderna ofrece más garantías y más métodos análogos que los otros ramos del conocimiento. Esto no quiere decir que sus evidencias tengan un carácter absoluto, ni mucho menos. Pero es la *necesidad práctica* la que uniforma las metodologías científicas. Sancho Panza fué siempre más concreto que el Caballero de la Triste Figura. La Filosofía y el Arte tropiezan y caen con mayor frecuencia. ¿Es, por ello, superior el mundo científico? Sea lo que se

quiera, hemos de aspirar al concierto religioso, artístico y filosófico de todas las razas, después de una revisión de sus evidencias primarias, sirviéndonos de las reservas prácticas de la Ciencia.



No se caiga en el error de aspirar a la uniformidad del conocimiento. Si el mundo moderno tuviera una base crítica, con la amplitud que preconiza este libro, sería vano haber escrito las palabras anteriores. Pero todos pretenden someter la época a una sola gimnasia emotiva e ideológica. Esta es la conducta del gran ciclo histórico del fanatismo, estructurado evidencialmente. ¿Cuál uniformidad habremos de buscar entonces? La del preconcepto práctico de la variedad infinita del mundo. Todo es múltiple, dentro de un concierto fundamental que lo armoniza. Luego la variedad de escuelas literarias, por ejemplo, es un hecho necesario, dentro del plano práctico de las evidencias de nuestro tiempo. Mas también es posible un concierto total de escuelas en todas las zonas

del saber, dentro de su variedad misma. Por ello nos parece infantil el menosprecio que los literatos modernistas manifiestan contra todo lo clásico, y el desdén de los clasicistas para los cultores del modernismo. Sensibilidades diversas fanatizadas dentro de lo que nos place denominar el *imperialismo literario*. ¿No ocurre otro tanto en la pintura, en la escultura, en la música, en todo? Los arquitectos son una excepción relativa e interesantísima de tolerancia de estilos. Han hecho de la variedad su cultura y su fuerza. Quien más estilos conoce y adapta a las circunstancias, es más arquitecto, aunque tenga preferencias por determinadas formas. El público del arquitecto es, también, el más amplio, el más tolerante.

¿Pero se ha visto mayor escándalo que el que hacen las escuelas filosóficas y las literarias? Y sin mayor fruto, porque los más continúan en sus tendencias, sin asomo de una convertibilidad amigable. Es esta incompreensión la que debemos combatir, en busca de un sentido de tolerancia que constituirá el climax espiritual de la próxima época.



Con propósito de documentar nuestra afirmación de que la lucha de escuelas en el Arte denota, y ha denotado siempre, una ausencia del sentido crítico, hablemos de un caso particular y actual: del teatro. Y refiramos nuestra tesis a una nacionalidad más o menos determinada: Francia.

La escuela de la Subconsciencia, de H. René Lenormand, consiste, según Luis Enrique Osorio, en explicar «nuestras acciones impulsivas como obra de los deseos que no hemos realizado y que, en vez de extinguirse, se refugian en la subconsciencia». He aquí una escuela inspirada en las teorías psicológicas del vienés Sigmundo Freud.

Si toda una escuela consiste en un detalle, o un aspecto, de la Psicología moderna, se circunscribe su doctrina fundamental a una noción exclusiva de la vida, todo lo profunda e interesante que se quiera, pero exclusiva.

¿Se puede rechazar el trabajo o colaboración de «nuestras acciones impulsivas como obra de los deseos que no hemos rea-

lizado», en las piezas de teatro, dando por buena la teoría del profesor vienés, porque en el fondo no se trate sino de un gran detalle de la vida humana, y no de una visión total de la Psicología? Claro que no. Una escuela debe contener una solución más universal de sus resortes doctrinarios. El mismo H. René Lenormand rebasa su propia doctrina, en sus obras de teatro, según se desprende de los juicios de sus críticos, demostrando la exclusividad a que nos hemos referido. Osorio dice: «Lenormand, quien a pesar de ser un gran admirador de Freud, no se ciñe estrechamente a las teorías del sabio austriaco.» La doctrina, como se ve, anda por su lado, mientras la práctica por el suyo.

Supongo que el Sr. Lenormand es un fanático de sus evidencias teóricas, estrechadas en la explicación de un solo fenómeno. En este caso hace falta el nuevo sentido práctico que perseguimos. He ahí el estado de toda una escuela.

Analicemos ahora «la teoría del Silencio», de Denis Amiel y Jean Jacques Bernard.

«El teatro debe ser ante todo el arte de

lo inexpresado», dice Jacques Bernard. «Un sentimiento comentado pierde su fuerza.» «La lógica del teatro no admite los sentimientos que la situación no impone; y si la situación los impone, no hay necesidad de expresarlos.»

Sus críticos afirman que Jean Jacques Bernard se ha adherido a esa doctrina como una ostra a la piedra. Hay que sugerirlo todo y no expresarlo.

Bernard no sabe que expresar no es atributo exclusivo de la lengua, de la palabra. Busca él, entonces, expresar los sentimientos de sus personajes con otros recursos de expresión, ajenos a la palabra. Pero, fuera de este equívoco sustancial, se yergue su exclusivismo de escuela, típico de los autores. No. El escritor debe vigilar todos los recursos de su trabajo: el silencio sugestivo, tanto como la palabra sugestiva. Lo penoso es que el autor haga hablar a sus personajes, cuando el silencio basta para la expresión de un sentimiento o de una idea. Y si los hace callar cuando la palabra sería más fuerte que la actitud, que el silencio, se fracasa en la expresión que se busca.

También se sugiere hablando, de modo

que el público se ve precisado a crear, a buscar interpretaciones, ideológicas o sentimentales. Pero, para el gusto y la costumbre modernos, toda escuela ha de exagerar o morir. Se gana mucho con estos oscuros e inconscientes propósitos de los jefes de escuela: llamar la atención sobre *un simple, aunque interesantísimo detalle de la técnica escolástica*. Se pierde más, todavía, con esas prácticas exclusivistas: estrechar el conocimiento estético, que ha de ser, por principio, tan amplio que contemple todos los aspectos fundamentales de un arte.

Vamos ahora a analizar el Unanimismo de Jules Romains. Hace unos diez y seis años escribió Romains las siguientes líneas: «Toda obra dramática anima grupos. El individuo aislado del poema lírico no tiene cabida en el teatro.» «Desprender al individuo de la masa, exponer su espíritu de manera exclusiva, es un convencionalismo.» Tal, la síntesis doctrinaria del Unanimismo. Se trata de un caso curioso de generalización, malograda por exceso. ¿No comete Romains el capricho exclusivista de matar al tipo aislado, de las tablas, como si, por

sí mismo, no pudiese ser un documento vivo de historia humana, complejísimo en ideas y en emociones? ¿No cree Romain, el esteta, que el individuo es, también, una multitud? Lo difícil es presentarlo aislado, pero no sería cosa imposible hacerlo, para un autor de genio que encontrara un desarrollo natural y hondo. ¿Quién podrá intentar la empresa de escribir una obra de teatro en que aparezca en las tablas un solo *tipo-multitud* en actos, en sentimientos y en ideas? No sería, por cierto, el señor Romain quien lo hiciera. Sin embargo, estética y naturalmente no es imposible. Es, más bien, una posibilidad tentadora para un amante de lo nuevo. Sin embargo, ¿quién soportaría, después, una escuela que pretendiera reducir a uno los actores de teatro, porque alguien llegara a realizar una o dos obras en esta forma? Mientras que Lenormand desea que sólo se representen, con su escuela de la Subconsciencia, los casos más o menos aislados de la erupción subconsciente, y Jacques Bernard los episodios del Silencio de modo limitado, el jefe del Unanimismo llena las tablas de multitudes, que bien pueden estar

constituídas de nombres vacíos, sin carácter, y destierra hacia la nada al hombre solitario. Los primeros pecando por defecto, por apego al detalle original y, Jules Romain por amor a las cosas vastas. El exclusivismo en Ciencia, en Filosofía, en Arte, en Religión, en todo. Podríase definir al hombre histórico con esta frase: *es un animal fanático de lo exclusivo.*

Para justificar más la anterior definición, continuemos ahora con la escuela de los Imaginativos.

El nombre de esta escuela la denuncia: teatro simbólico, donde la creación de la fantasía puede sustituir, excluyéndolos, estos dones que la realidad cotidiana acrece en el estudio de la Psicología, que explota un Lenormand en el análisis del subconsciente; o un Bernard en las sugerencias de un silencio cargado de fuerza. ¿Por qué no se hacen el servicio recíproco de unirse estas escuelas? Porque se achicaría acaso la personalidad de sus jefes. ¡Si nadie puede, en el fondo, prescindir de la Fantasía, o de los fenómenos subconscientes, o de los recursos del Silencio, como no se puede prescindir de la Voluntad, del Sentimiento,

o de las Ideas, para realizar obras bellas! Juan Victor Pellerin, según nos cuenta Osorio, es el joven jefe de los Imaginativos. Imagina nuestro autor y jefe de escuela, por otro lado, que los antiquísimos recursos de la imaginación constituyen una novedad de las tablas: tan viejos son esos recursos como el teatro mismo, aunque la forma en que se los explote sea diversa. Mayor interés tienen los exclusivismos técnicos de Lenormand, de Bernard, de Jules Romains. Claro que las cosas viejas han de tener explotaciones nuevas; y cumple con este principio evolutivo Juan Victor Pellerin. Pero ello no es bastante para declararse o dejarse declarar jefe de escuela, o simple adicto a ella.

El error es justificable, si se recuerda que esta época carece del sentido crítico universal. Y si se piensa que así como existe un mal de montaña y un mal de mar, hay otro peor en la Filosofía y el Arte: el mal de escuela, que indigesta el espíritu de egoísmo y de petulancia. El señor Osorio, en su conferencia sobre «El teatro francés contemporáneo», revela un temperamento crítico de primer orden cuando escribe:

«Puede decirse que todas estas tendencias son aspectos de una forma definitiva que, al reunirlos armónicamente, dará al teatro francés uno de los primeros puestos en la literatura mundial.»

El crítico ataca el exclusivismo analizado en páginas anteriores. Sin embargo, la mejor manera de combatirlo no es, precisamente, la de señalar el mal, sino la de estudiarlo sometiéndolo a una alta presión crítica: explicando las causas psicológicas, filosóficas, científicas, que determinan el mal de escuela, el exclusivismo, el fanatismo de la vida contemporánea. No es suficiente ver el fenómeno: estudiémoslo.

Un gran cuerpo de crítica que realice la obra de señalar los hechos y los estudie, no por el amor simple del juego espiritual, sino para encontrar leyes, principios y reglas que nos disciplinen. Mientras tanto, no somos sino unos niños que jugamos de hombres serios en los cenáculos y los gabinetes de las grandes ciudades. En verdad hace falta la presencia de un estratega alienista que nos meta en la camisa de fuerza.

Estudiemos otros ejemplos, más o menos aislados, de exclusivismo en el Arte.

¿Quién ignora hoy el movimiento futurista de Marinetti? Pues bien: el renovador italiano rompió las formas vulgarizadas, los lugares comunes de la época, con una valentía propia de su raza. Lo vulgarizado, por más que en principio no fuera vulgar, le mereció la condena del fuego. ¡A quemar museos! ¡A olvidar las ruinas clásicas! ¡A romper los libros viejos! ¡A ignorar las antiguas doctrinas! Así prorrumpió Marinetti, a gritos, por las calles de Europa.

Tamaño escándalo provocado entre poetas, escultores, pintores, arquitectos y novelistas, se justificó, a los ojos del jefe de escuela, en dos motivos fundamentales.

1.º Los escritores vivían copiando el pasado artístico, y el público vivía pendiente de los modelos clásicos y las copias de esos modelos. Culpables: los eruditos. Efectos: la muerte del espíritu creador. Condena: desaparición del pasado.

2.º La época ofrecía infinidad de adelantos: electricidad, automóviles, vapores, locomotoras, etc. Muerto el pasado se exaltaba el presente. Cambio de imágenes,

de técnicas. Canto a la velocidad, a la hélice, a la rueda... Resultado: retorno a un estado primitivo, sin precedentes históricos. Culpables: los malos interpretadores de la cultura clásica, que todo lo vulgarizaron a fuerza de una erudición inerte, e impacientaron las orejas sensitivas de Marinetti. He aquí los dos aspectos sintetizados de la doctrina futurista. Representa una reacción contra el exclusivismo clásico. Pero este aspecto accidental del Arte antiguo podría y debía ser combatido en su propia culpabilidad. Marinetti exaltado, aplica la muerte al paciente para acabar con la enfermedad. Y el pasado no se dejó morir en manos del médico. Ahí están los museos; ahí los libros antiguos; acá los lienzos viejos; de ese otro lado las pirámides, los ladrillos de Babilonia, las ruinas americanas, enseñando con sus piedras viejas cosas nuevas...

A pesar de esto, Marinetti consiguió excelentes conquistas en el nacimiento de una sensibilidad moderna, que produjo después el cubismo, el dadaísmo, el ultraísmo, etc., etc. Escuelas que, para confirmar la ley de herencia, nacieron todas exaltadas y exclu-

sivistas como la madre; y, al fin y al cabo, útiles, en sectores más modestos de lo que ellas mismas habían imaginado, como la madre.

Lecciones: 1.ª Los eruditos que no crean nada son gente inútil. Al fuego con ellos. 2.ª Los escritores incapaces de expresar una idea o una emoción nueva carecen de verdadero interés. Al olvido con ellos. 3.ª Admirar y amar a los clásicos, sobre todas las cosas pasadas. Pero como las épocas están obligadas a tener grandes artistas, a crear los nuevos a despecho de los viejos. Con objeto de conseguir conclusiones de esta especie las escuelas modernas han hecho el escándalo. ¿Será que los públicos están sordos para escuchar sentencias renovadas?

Se nos comprendería mal si se creyera que desdeñamos las escuelas. Son resultado de necesidades evolutivas del medio. Regístrase, en cada época, una serie de fenómenos, aislados al parecer, que se complementan desde remotas distancias, sin que los propulsores de esos fenómenos—simples agentes de una realidad superior—se den cuenta de ello. Obsérvese, si no, la correspondencia que existe entre la crea-

ción de la teoría de la relatividad en las matemáticas y el movimiento de las escuelas literarias modernas. No es sencillo comprender, a primera vista, la correlación de semejantes actividades, tan opuestas, en apariencia, y tan consonantes, en el fondo. Entremos a demostrar su correlatividad. La geometría antigua habíase alojado en el criterio de una medida inmediata de las cosas, *colocadas en el presente*. Los matemáticos modernos encontraron que algo les faltaba a las tres dimensiones de Euclides y que un factor desconocido relativiza las funciones aplicadas de la geometría antigua: el tiempo. Y dieron el nombre de cuarta dimensión al nuevo factor, que ha roto la creencia falsa en el presente absoluto y prolonga los objetos en el tiempo. En nuestra teoría publicada a principios de este año sobre la *Segunda Dimensión*, resumimos las cuatro dimensiones en dos, por motivos que sería inoportuno explicar en estas páginas. Pero lo interesante es la verdad encontrada de que el tiempo es una fuerza espacial que da a los objetos formas desconocidas hasta aquí, *haciéndonos creer que las cosas tienen caracteres panorámicos*

que el ojo actual había sido impotente para reconocer.

¿Sabían eso los pintores impresionistas cuando empezaron a desconfiar de la verdad de las líneas y se alojaron en la difusa realidad de los colores? No lo sospecharon, siquiera; mas Euclides les resultaba anacrónico en los lienzos. ¿Qué fuerza oculta les movió los ojos para ver los objetos de otro modo, mientras los matemáticos descubrían más tarde la existencia de la cuarta dimensión (1) y Einstein relativizaba la Ciencia vieja?

El cubismo en pintura fué más allá: el color le pareció demasiado plano, a pesar del juego magnífico de sus perspectivas, para dar, por sí solo, la idea de ubicuidad que persigue. Y descompuso los objetos de modo que fueran vistos en sus proyecciones mismas de tiempo. Así han quedado circunscritos dentro de las preocupaciones *temporales* de los matemáticos, sin haberse apercebido aún de este contacto maravilloso.

(1) Para nosotros son dos dimensiones: espacio y tiempo. Véase nuestra obra *MI Segunda Dimensión*, publicada en América.

¿Hay nada más distanciado, aparentemente, que los matemáticos y los cubistas?

Estas escuelas modernas, a pesar de sus exclusivismos, sus exageraciones y los muy escasos resultados prácticos que parecen haber obtenido—¿es poco haber matado el cromo en la pintura, la copia acaramelada en la plástica y el lugar común en los nuevos productos literarios?—, son dignas de un estudio profundo en que se relacionen todos los movimientos espirituales de la época. Porque en el fondo, hay fuerzas históricas que nos impelen a elaborar grandes conjuntos de espiritualidad sobre los egoísmos de toda la pedantería escolástica del siglo.

También existen ciertos fenómenos de carácter científico, que se exploran ya, dentro del trabajo complementario que se advierte en las escuelas literarias y la matemática actual: nos referimos a las experiencias hechas con el Radio.

José Juan Tablada ha escrito en alguna parte estas palabras que lo demuestran:

«No uno, sino algunos experimentadores del Radio, se han dado cuenta de que los mensajes, literarios y musicales, transmiti-

dos por Radio, persisten, siguen vibrando en alguna región desconocida del espacio y, en ciertas condiciones, pueden volver a ser recogidos por los aparatos receptores.

Esto comprueba que la inquietud contra-euclidiana de los impresionistas, los puntillistas y los cubistas, aludida en palabras anteriores, también está justificada por el Radio, puesto que se está demostrando, con las experiencias a que ha estado sometido en los últimos años, que las formas rebasan las tres dimensiones antiguas, o sea la dimensión espacio, más propiamente hablando, y alcanzan su proyección en el tiempo. Es decir, los objetos no tienen la forma aparente que se les ha visto, sino una estructura cubista para unos, puntillista para otros, impresionista para aquéllos. Lo cierto es que ni las matemáticas ni el Radio, ni las Artes, aceptan, por no sabemos qué secreto impulso, el presente absoluto de los antiguos. Y dentro de esta rara sensación es como se mueven todos los espíritus, en busca de una verdad múltiple más amplia, más honda.

¿Merecen, pues, algún respeto las escuelas modernas del Arte, a pesar de la pedan-

tería que las exclusiviza y las personaliza en sus jefes?

El gran sentido crítico que pondrá en claro esta situación hará, algún día, el análisis de estos movimientos ya pasados de moda algunos de ellos, y revelará a qué punto llega la miopía de nuestros contemporáneos al negarles todo interés.



En la formación del gusto entra, además de la vena artística con que se nace, el sentido crítico que hemos sido capaces de cultivar. Poco o nada consigue un buen temperamento artístico, desconociendo cómo se elige, entre las sensaciones y las ideas, las buenas sobre las regulares y las excelentes sobre las buenas. Multitud de recursos se utilizan en esta obra de apariencia tan simple. Por ignorarlos, o menospreciarlos, padecemos la mayor crisis que se ha conocido en todos los tiempos de incompreensión recíproca entre naciones y entre hombres. Esta es una verdad tan vulgar en los libros cuanto desconocida en los hechos. Ni siquiera es elegante aludir a

ella, sin excusarse de haberlo realizado. Pero, ¿no está el mal, en infinitas oportunidades, en lo que damos por conocido a través de los siglos?

Para conquistar una verdadera cultura crítica hemos de hacer tabla rasa de todo y empezar, desde la demostración de la propia existencia, hasta las ideas más densas. Claro está que los resultados del método serán unos en Pedro y otros en Alejandro: ambos, sin embargo, *sólo tendrán derecho de calificar las cosas, con dignidad, con decoro, después de haber contestado satisfactoriamente a estas preguntas:*

¿Me conozco, en cuanto es posible, a mí mismo? ¿Conozco, en cuanto es posible, la cosa que deseo juzgar? ¿He podido situarme entre los hombres en el lugar que me corresponde, después de atinadas y bien intencionadas comparaciones? ¿Tengo ideas particulares y generales suficientes para juzgar las cosas y los hombres, en lo que deseo juzgarlos?



Todo ello es labor concentrada de crí-

tica. Trataremos de resolver nuestros problemas gravísimos en esta ocasión, puesto que hemos de *juzgar cómo es que se debe juzgar*, haciendo, antes de escribir sobre los principios nuestros, un análisis del fanatismo y el exclusivismo que les ha sido familiar a las principales escuelas de crítica, y determinando además los beneficios que debemos aprovecharles, en un cuerpo más amplio de métodos y de experimentaciones.



Todavía hemos de expresar algunas ideas antes de referirnos a las principales escuelas de crítica.

¿Era la crítica patrimonio de la inteligencia, antes de aparecer su primera escuela, bautizada o no con tal nombre? La crítica ha sido el primer movimiento realizado por el espíritu, para darse cuenta de sus primitivas necesidades y tratar de satisfacerlas. *Medir* es criticar y fué esto lo que hizo el hombre con el objeto de dar el primer paso sobre la tierra. *Medir* con los ojos, corregir con el oído, con el tacto, la

primer imagen vista, para no tropezar y caer en la senda. El niño midió y mide la distancia que lo separa del pecho de su madre y la salva modificando engaños, apartando obstáculos, hasta conseguir su propósito: juzga el instinto en el niño y en el animal y en la planta. ¿Habéis visto los tallos que en ciertas enredaderas buscan con obstinación entre las grietas el hilo de alambre para sostenerse y vivir enhiestos bajo la lluvia y bajo el viento? Y si este raro impulso de la voluntad natural conserva tal fuerza en las plantas, ¿qué decir de sus funciones en el microorganismo y en el perro y en la hormiga y en la abeja? ¿Puede haber arquitectura sin cálculo, sin medida, sin capacidad correctiva y electiva, sin crítica, en una palabra? ¿Y qué son los panales de las abejas, sino arquitecturas maravillosas?

Toda acción espiritual es un cálculo de distancias y una voluntad de escoger, después de un proceso electivo. No está bien entonces afirmar que las primeras críticas las realizó el viejo Aristófanes en Grecia. Ni siquiera las artísticas, porque el Arte nació con el hombre en el momento mismo

en que *encontró más útil realizar lo más bello*, después de haberlo juzgado por instinto.

Así nos placería, por tanto, empezar a escribir alguna vez la historia de la crítica: *nació con la primera necesidad del hombre...*



Quien afirme que la crítica es oficio exclusivo de eunucos, como ha solido afirmarse, no sabe que no existe creación que no haya estado minuciosamente preparada por sus principios. Pero se ha tenido y se tiene una bárbara idea de lo que es en el fondo. Se la ha reducido al comentario, a la glosa y hasta a la censura. Toda sistematización ideológica es resultado directo de su ejercicio. Los grandes moralistas precristianos no han hecho sino una comparación de costumbres y de sus resultados, para establecer normas al servicio de la conducta del hombre: así Jesús y así los moralistas posteriores. Elegir lo bueno entre lo malo, eso es ejercer la crítica. Y todos ellos lo hicieron. ¿Qué de raro tiene afirmar, como

lo hemos dicho en otras obras, que el primer gran sistema de crítica lo realizó Aristóteles en su *Lógica*? Cristalizar los primeros principios del razonamiento, para la elección de las mejores ideas, en cualquier terreno, sirviéndose, como se sirvió de ellos el filósofo griego, de todos los adelantos de su época, equivalió al nacimiento de una crítica universal, que sólo Kant pudo superar en las ideas y, el intuicionismo moderno en los sentimientos. Por esto, un libro de crítica contemporánea debe ser el conjunto organizado de los esfuerzos de muchos pensadores. Nosotros no hacemos mas que sospecharlo en nuestros *Principios de Crítica Filosófica*. Desde este plano de contemplación, la historia de la crítica ha de contener el recorrido del espíritu en todas las esferas de la inteligencia, en cuanto en ellas se haya legislado para medir, comparar y escoger. Nosotros, no obstante, hemos de referirnos, en particular, a las principales escuelas de crítica literaria, para dejar terminado este preámbulo y exponer nuestro propio sistema.



Se puede afirmar que el primer sistema formal de crítica, en nuestra civilización, lo realizó Aristóteles con su *Lógica*. Sin juzgar por entero este monumento del raciocinio antiguo, recordamos que consistió en establecer las reglas de que había de servirse la inteligencia para encontrar la verdad. ¿No es esto, en sustancia, lo que racionalmente corresponde resolver a cada época, según sus caracteres, para darse a la tarea de buscarla? Sin decirlo, Aristóteles nos enseñó el primer paso que debe dar el crítico, el hombre que relaciona y mide con objeto de escoger, antes de concretar el método necesario a la determinación de una sentencia crítica.

El crítico es el juez. ¿Cómo el juez encontrará la verdad sin conocer el proceso reglamentado para determinarla? Esa tarea fué obra de Aristóteles: la más ardua, la más profunda obra de crítica de todos los tiempos. Sin embargo, a Aristóteles no se le estudia en su carácter de crítico, de seguro porque se da por entendido que todo filósofo ha de serlo necesariamente. Nosotros reclamamos el nombre del peripatético en la historia de la crítica. Damos

por conocida de los lectores esa *Lógica*, como las rectificaciones que ha sufrido después. Aquí basta con saber, en tres líneas, que él nos señaló el primer acto que ha de realizar el crítico para empezar a serlo: *concretar las leyes de su inteligencia que sean precisas para el hallazgo del conocimiento.*

Un crítico que no haya adaptado con claridad, después de un largo examen de la naturaleza de la razón y de sus propósitos, las normas para adquirir el conocimiento, carece de la importancia científica y artística y filosófica de que está investida la crítica.

Unos críticos han buscado esas normas por sí mismos: Aristóteles, Kant, los intuicionistas modernos. Otros las han adaptado, importándolas de otras fuentes: Boileau, el retórico. ¿Por qué no Cicerón, también retórico? Saint-Beuve, el psicólogo. ¿Por qué no Plutarco, el autor de *Las Vidas Paralelas*, también biógrafo a su manera? Hipólito Taine, De Maistre y Emilio Hennequin.

Referida la contribución inicial de Aristóteles, veamos en otro capítulo qué agregó

Kant, teniendo en cuenta que para analizar las principales escuelas de crítica, con esta rapidez a que estamos sometidos, no hemos adoptado el orden cronológico de la aparición de escuelas.



Kant, cuyas dos grandes obras *La Crítica de la Razón pura* y *La Crítica de la Razón pura práctica* lo colocan a la cabeza de los críticos contemporáneos, es el filósofo que ha realizado el estudio más hondo del raciocinio, de sus facultades, de sus relaciones, de su categoría. Nadie como él ha cumplido la norma crítica que hemos desprendido de *La Lógica*, de Aristóteles: para juzgar es obligatorio hacer balance del valor espiritual de las facultades que producen el juicio.

El hecho de haber publicado nuestros *Valores fundamentales de la Razón* nos excusa, por ahora, de analizar siquiera los aspectos más hondos de ambas obras. Pero los que tocan con los propósitos de este libro son los siguientes:

El filósofo de Königsberg partió de un

principio que se ha tenido por bueno en todas las épocas del pensamiento: *el principio de contradicción*. ¿Quién ha trabajado fuera de este principio? Una cosa no puede ser y no ser en un mismo lugar y a un mismo tiempo. He aquí el plano de arranque de todo el pensamiento del hombre hasta la fecha.

Kant toma este principio y llega a descubrir, haciendo todas las cosas consecuentes con él, que todo el conocimiento puro existe en nosotros mismos, y que somos incapaces de conocer los seres externos porque no son nosotros mismos.

De esto se deriva que, en rigor, para Kant sólo existe la autocritica. Las sugerencias que se desprenden de semejante conclusión son tales, que preferimos dejarlas al gusto de los lectores.

¿Con cuáles recursos llegó Kant a afirmar estas ideas? Con recursos intelectuales, con otras ideas que, para ser en verdad consecuentes en sus relaciones puras, deberían constituir una sola idea, una y única, en cuyo caso las relaciones que les supuso Kant serían inútiles, porque la unidad pura no tiene relaciones con nada.

Nosotros nunca habíamos presenciado un conflicto *intelectualista* más grave que el desprendido del principio de lo contradictorio y lo dicho en los párrafos anteriores.

Entonces Kant debió preguntarse si lo *consecuente* podía ser una realidad. Y se resolvió por la afirmativa. El principio de lo contradictorio se había salvado, y con él los principios de autocritica a que llegó en su *Crítica de la Razón pura*. Sin embargo, dejó, por un no sé qué de prudencia, sus cuatro famosas antinomias (1), que son seres objeto de conocimiento, que son y no son en un mismo lugar y a un mismo tiempo.

Algún día se sabrá que lo consecuente es un recurso, una evidencia tan deleznable como las otras y toda la obra del pensamiento humano tomará rumbos no sospechados siquiera (2). Nos desviamos.

Dijimos que nuestro filósofo trabajó, de modo *exclusivo* y *fanático*, dentro del intelectualismo. ¿Y la intuición? Era problema para más adelante. Kant, conocedor del papel difícil en que se había caracterizado

(1) Véase la obra de Kant.

(2) Véase mis *Diálogos Filosóficos*.

su filosofía pura, pensó en la necesidad de escribir su *Crítica de la Razón Práctica*, cuyo título revela el buen sentido de aplicación a la vida que le quedaba a Kant.

Nos servimos del título para afirmar lo siguiente:

1.º ¿Qué debe elegir el juez, el crítico? Normas, todo lo altas que se desee, pero aplicables a la vida práctica. Kant, de un modo tácito, dejó entrever esa sentencia. ¿Qué se debe entender por principios prácticos? Los de la Ciencia, los del Arte, los de la Filosofía.

2.º ¿Hay normas puras, inalterables? No hay respuesta.



Tenemos, pues, lo que ha realizado, en sus más hondos extremos, el intelectualismo crítico: juzgarlo todo con ideas, teniendo, como evidencia fundamental, que una cosa no puede ser y no ser en un mismo lugar y a un mismo tiempo. Repetimos que, para nosotros, esta no es una evidencia absoluta, puesto que sólo la unidad pura es absoluta y la unidad pura ni se mueve, ni puede

guardar relaciones con nada sin multiplicarse, lo cual es contradictorio. La unidad vista en el sentido de conjunto armonioso no es unidad metafísica, puesto que es conjunto.

Por consiguiente, nosotros partimos de una evidencia relativa para elaborar, con ideas, la metafísica de nuestro sistema. La de Descartes, gran crítico también, cuando ha juzgado los valores últimos de su razón, es: «pienso, luego soy», supuesto ya el común principio de lo contradictorio. Superamos nosotros esa fórmula, diciendo: «Como la única manera de creer que no existimos consiste en negarnos y, sólo puede negar un poder existente, luego somos.» Demostrada nuestra existencia y tomado el primer principio, el de lo contradictorio, como las dos evidencias relativas, hemos elaborado el resto. Se ha querido determinar nuestra posición frente a Kant. Ahora realicemos el análisis del gran aporte que el intuicionismo ha traído a la crítica moderna.



Kant fué exclusivista al creer que un sistema del conocimiento podía realizarse, por entero, dentro del terreno de las ideas. Bergson, reaccionario, sostiene que la intuición es la gran fuente cognoscitiva, cayendo, así, en el exclusivismo opuesto. Nosotros entendemos que conocer es función privativa de sentimientos y de ideas, de la razón ideológica y la sentimental. Kant y Bergson se complementan: no se excluyen. Véase cómo el exclusivismo es patrimonio tanto de las escuelas literarias como de las filosóficas. Conocer, por tanto, para nosotros, es obra intuitiva e ideológica, según el objeto que se persiga.

Queda, pues, de los críticos fundamentales, que son los grandes filósofos de la razón, lo esencial para realizar la crítica práctica que preconizamos:

- a) Demostración de la propia existencia; b), Principio de lo contradictorio; c), Del pensamiento, las ideas; del sentimiento, las intuiciones.



Los críticos literarios que han sido consi-

derados jefes de escuela son, entre otros, Boileau, Saint-Beuve, Taine, Hennequin, etc. Boileau representa el juicio retórico, las imágenes literarias reglamentadas, conforme a patrones clásicos. Su método es de una exclusividad enervante. Niega las posibilidades creadoras de cada temperamento. Ciertamente es posible y útil derivar reglas, y hasta principios, de la metodología artística de cien obras juzgadas ya como obras maestras, pero cada escritor vigoroso aporta, con ese «no sabemos qué» de su personalidad, algo nuevo que niega o complementa las reglas ya estatuidas. Someterse a la retórica equivale a esclavizar el modo propio, el impulso propio que da carácter a un artista. Sin embargo, el retoricismo puede servir más bien para clasificar obras realizadas que para crearlas. Conserva, pues, una utilidad formal, buena para juzgar, en cierta medida, el pasado.



Saint-Beuve, desconfiando del valor neto de la retórica, bucea el sentido íntimo de las obras en la vida de sus autores; anima

ya las máscaras muertas de Boileau, que, en sus manos, comienzan a sonreír. Es la escuela psicológica. Se entiende la obra como una proyección viva del autor. La biografía, entonces, llena de flexibilidad y de sabor natural los juicios ornamentados con las gárgolas de la anécdota. El crítico no es ya el anticuario lleno de polvo, o el clasificador aburrido o el cansado taxidermista. Sopla sobre los barro cocidos de otra hora y les pone alas sobre los hombros.



Pero llega Taine y no le basta saber que el autor es una entidad viva que ríe y que llora. Si Boileau vió los libros como cosas independientes del autor, y Saint-Beuve las comprende como adheridas al hombre vivo, Taine observa, en cambio, que los escritores son un resultado de su medio, de su raza y de su tiempo. Y sienta la crítica sobre este triángulo.

Confina, entonces, el estudio de los autores con las naciones mismas y emprende sus grandes críticas sobre grandes países.

Hace recordar que todo hecho nace ne-

cesariamente de una causa; y, por otro lado, que todos los hechos tienen relaciones entre sí, que explican la razón de los conjuntos. Para él, los hechos y sus relaciones bien observados son la fuente documentaria de la crítica. La Ciencia, para Taine, no consiste en coleccionar simplemente: tiene por propósito apropiarse de las relaciones constantes de los hechos, que son sus leyes. Y parece afirmar que conocidas sus leyes, los hechos son, por esto mismo, objeto del verdadero conocimiento. Escribía dentro de la tendencia de la Filosofía práctica. A pesar de esto, dijo Taine que el Universo es inteligible, sin restringir, como lo habría hecho un purista, el sentido trascendental de la inteligibilidad. Hay que recordar que la Filosofía alemana, la más purista de todos los siglos, estuvo conforme con la creencia de una inteligibilidad verdadera, pasión de la cual no pudo salvarse ni el mismo Kant. Y demasiado cerca tuvo Taine a Hegel para no estar matizado del candoroso optimismo de las fórmulas absolutas, aunque no creía en la «cosa en sí».

Habló, sutilmente, de las «alucinaciones verdaderas», cuando afirmó que los senti-

dos no daban el conocimiento exacto de las cosas sentidas. Y dijo que, en cambio, los sentidos alucinados eran como los espejos, cuyas imágenes conservaban relaciones constantes como los hechos reflejados en ellos. Kant influyó hasta este punto en su época.

Luego los hechos imponen, a la distancia de una alucinación verdadera, parte de la verdad que los agita. Consideró que el mundo tiene dos aspectos: uno físico y otro moral, que se corresponden, al decir de André Chevrillon, como las dos caras de una misma medalla. Afirmó que «entre los diversos órdenes de hechos que componen la faz moral de la naturaleza, el más complejo de todos es la Historia».—Chevrillon, en la *Revue des Deux Mondes*.—Fundó un método y no un sistema, según este crítico suyo. Habló del temperamento de los escritores afirmando que tienen un método para pensar e imaginar, método que no siempre pueden explicar ellos mismos y que practican involuntariamente. Proceso innato, agregó Taine.

Acercas de la unidad, dijo que es una multiplicidad donde todos los elementos

contienen el mismo principio de unidad. Es decir, creyó, como toda la época y, a pesar del principio de lo contradictorio, en la unidad múltiple del mundo, sin pensar que, o la unidad es una o es múltiple, si se piensa dentro del método armonioso de lo consecuente. Error suyo y de toda la Historia de la Filosofía. O no es error, y, en tal caso la verdad puede ser contradictoria y se debe hacer, entonces, la revisión total de todos los valores filosóficos. Labor que algún día habrá de realizarse, ya que en el Universo caben las más agudas sorpresas...

No se debe olvidar que Taine fué también un precursor del creacionismo y el vitalismo modernos, cuando escribió: «El espíritu deviene creador como la Naturaleza.» Fué un psicólogo.

Pensó que era posible determinar las diversas aptitudes o inclinaciones de un «individuo, de una raza o de una época». Individuo, raza y época concebibles, dentro de sus mismas palabras como alucinaciones verdaderas. Esto debió de haberlo agregado el crítico francés.

Se refirió a «transformaciones espontáneas y continuas», olvidándose lamentable-

mente de su obsesión por las causas, fuentes, para él, de todos los hechos. Y de las tendencias hereditarias, como causas de algunos espontaneismos. Difícilmente cabe mayor número de contradicciones en tan breves palabras.

Y para cometer otra delicada contradicción con sus principios, dijo: «No se debe decir que la época produce al escritor...» Pero agregó, sutilmente: «Al definir un escritor, es necesario, como lo practican los botánicos, indicar el género próximo y la diferencia específica.»

«Todo procede del pasado», agrega Taine. Raza, momento, medio. No podemos creer en las razas puras, sino como una excepción; tampoco en los momentos puros, porque a lo mejor «una diferencia específica» niega toda una psicología temporal; ni en un medio determinado puro, porque dentro de la Filosofía los seres puros son una simple invención kantiana.

Pero dentro de tanta relatividad hay que aceptar esos tres principios como normas probables de una probable eficacia. Son una contribución efectiva del escritor francés.

A la retórica, al método psicológico, agreguemos la raza del escritor, el momento en que trabaja y el medio en que trabaja.

Síntesis: preceptiva, interpretación y origen de la obra: Boileau, Saint-Beuve e Hipólito Taine.

¿Qué hace falta ahora?



El fundador de la crítica científica fué Hennequin. Uno de sus mejores estudios es el dedicado a Víctor Hugo. Lo disecciona en tal forma, clasicando sus tendencias por sus recursos literarios, por sus figuras, por sus estribillos imaginativos, que, sobre los porcentajes derivados y los balances hechos, no queda sino una pobre carne muerta de poeta.

Boileau legisla sobre los géneros y las formas literarias del lenguaje, sobre su corrección y su buen gusto, en un terreno académico. Pero Hennequin mata al escritor para enseñarnos sus vísceras. Mientras Boileau saca sus patrones de moda para medir los contornos del artista que juzga, Hennequin lo recibe sin preconceptos. En

esta diferencia está la contribución de su crítica científica: en contar, en enumerar hechos orgánicos y psicológicos del escritor, sin prejuicios, tal como se presentan a la observación de quien hace el balance. Así no se escapa el producto del temperamento del escritor, siquiera sea en su parte numerable y clasificable. Pero hay cosas que no soportan la etiqueta científica, a la manera de Hennequin, en la Belleza realizada.



Los impresionistas se conforman con lo que pueden captar de las obras en un momento dado. Niegan la eficacia de los esfuerzos científicos sostenidos, porque juzgan que no hay nada más difícil que sostener la sinceridad apreciativa durante mucho tiempo. Esto no deja de ser verdadero en cierta forma. Sin embargo, cada momento de observación de un aspecto nuevo de la obra o el hombre que se juzga, ¿no varía y refuerza los motivos de esa rebuscada sinceridad? Carecer de energía para sostener el entusiasmo no es arma eficaz contra el

pulimento, el análisis, y el esfuerzo sostenido de un juez. Quien carece de ese don no es crítico, en el alto sentido de la palabra, aunque tenga agudezas momentáneas. Ellos, a pesar de sus aberraciones, nos han recordado que existe el fuego votivo en las urnas del crítico: el entusiasmo que impresiona hondo los caracteres de una obra en el observador que la juzga.



Un gran crítico sin sistema fué Giacomo Leopardi, en su *Parini o de la Gloria*. En sus páginas se advierten *casos juzgados* que nadie toma en cuenta, a pesar de la utilidad que entrañaría realizarlo. Los errores cometidos en la apreciación de los clásicos y de los modernos y las injusticias desprendidas del criterio magnetizado de todos: de ignorantes y de eruditos; de pícaros y de bonachones ascetas; de artistas, de aficionados, de sabios, de filósofos. Sólo la amargura genial de Leopardi consiguió tocar tanta injusticia, en esta obra atinadísima.

Invita en ella al lector sagaz a apreciar a los clásicos sin los prejuicios de la cultura,

lo mismo que a los modernos. Esto no sería peligroso si se hiciera de buena fe, despertando nuestra probidad interior para la contemplación de un panorama desnudo. Pero hay que ser muy sabio para ser sincero y para ser hondo y para aceptar ciertas verdades que sorprenden. Realícelo el que tenga fuerza de hacerlo. En este caso, ningún consejo crítico mejor que el de Leopardi.

¿Qué dirán ciertos modernistas del consejo que se les da, negando como niegan la cultura clásica? No nos referimos al charlatanismo de algunas escuelas ultramodernas para quienes Homero es un niño y Dante una nodriza. Leopardi tiene el derecho de que se le escuche con rectitud y con sabiduría.



Si la crítica es medida constante en todo movimiento espiritual, elección perpetua, prudencia y actividad creadora, imaginación, voluntad, emotividad, contacto y ajuste de unas ideas con otras, análisis, síntesis de todo cuanto se aprecia en los meno-

res actos de la inteligencia, ¿quién es crítico? ¿Quién no está en la obligación de estudiar sus primeras y sus últimas letras dentro de una tecnología crítica? Si entra en todos los ramos del saber, ¿cómo los educadores no han hecho de ella la base de todo programa educativo enseñándola desde su historia hasta sus aplicaciones prácticas?

Nosotros quisiéramos que este ensayo tuviese el valor de un manifiesto dirigido a los educadores y que fuera escuchado, al menos, como una sugerencia digna de aprecio.

Escuelas, Colegios y Universidades deberían de preparar al hombre para juzgar con serenidad la época más compleja y más revuelta del mundo. De este modo surgiría una cultura más reposada, más honda y más serena que la griega; más potente y más justa que la occidental.

Pero hay que convenir, según hemos querido demostrarlo en estas páginas, en que la crítica necesita una revisión completa de sus valores, para reunirlos en un conjunto desde el cual se aprecie con eficacia todo producto humano. Se necesitan

grandes líneas generales y estudios específicos para las normas prácticas. En este trabajo surgirán diversos proyectos más o menos aplicables a una época determinada que desconcertarán la atención del mundo al principio. Pero estaremos mejor arreglando diferencias que menospreciando problemas. Y el mayor problema de esta zona histórica está en la ausencia de un sentido crítico universal, frente a nuestras costumbres, a nuestras religiones, a nuestros credos políticos, a nuestro Arte y a nuestra ética.

## PRINCIPIOS DE CRITICA

## PRINCIPIOS DE CRITICA

### *Conceptos fundamentales.*

La función más elevada del entendimiento humano es la de generalizar. La generalización pone en manos del hombre la ley y ésta se retiene en la mente por una concentración abstracta de la idea. La ciencia, que pretende poseer los casos concretos, posee la abstracción ideal de esos casos; es una rama de la filosofía, tan ilusa o tan práctica como ésta. Porque si la generalización está bien hecha es más útil que el caso particular: la ley lo incluye y lo supera.

Deduzco que todo cuerpo de ideas que pretenda un lugar serio en la inteligencia y aspire a ser sistema de principios para adquirirlo, debe someterse a las exigencias de la filosofía. Y mientras más alta y delicada es la filosofía, más seria es la trama de

principios que se puede adquirir de ella y más delicada la ciencia de aplicar los principios.

De manera que mis principios de crítica están elaborados sobre bases metafísicas que he simplificado para evitar la divagación, tan frecuente en esta ciencia superior.

*Preliminares filosóficos.*

La crítica debe tener un concepto trascendental del ser y el no ser. En segundo término, saber aplicarlo a los fenómenos que juzga, trazarse un método. En tercer lugar, adquirir con ese método idea del valor fundamental de los ramos del saber humano: del arte, la ciencia y la filosofía. Así puede entrar a juzgar todos los fenómenos de la inteligencia humana con un previo examen de sus casos particulares.

*El cambio y la estabilidad.*

El problema que el filósofo debe plantearse después de probar su existencia es si continuará siendo su yo. En otras palabras, estudiar el problema del cambio y la estabilidad. Resuelto este problema la filosofía tiene cerca de sí la solución de los proble-

mas de la ética, la estética y otros muchos de carácter trascendental.

*Prueba de mi existencia.*

La manera única que tengo de declarar mi no existencia consiste en negarla. Pero para darle cuerpo a la negación es preciso que exista un poder que la declare. De manera, pues, que negar la existencia es poner en ejercicio un poder capaz de negar, lo cual es probar la existencia del ser que niega. Por lo tanto la existencia absoluta del ser no se puede negar en absoluto. Luego existo.

*El no-yo.*

El no-yo es lo que está absolutamente opuesto y es absolutamente distinto al yo. Y como todo es, el no-yo no existe. Todo es yo en el universo, porque lo que es semejante a otra cosa es continuación de ella. En el universo todo es continuación de todo, todo es yo.

*Prueba de la no existencia del cambio.*

La ciencia contemporánea tiene probado

que la energía es inmutable. Pero cree que existe siempre una clase de cambio, el cambio de la forma que asume la energía al manifestarse. La filosofía, por otra parte, acepta la existencia del fenómeno y la del nóumeno, la forma y la esencia de las cosas. Esto es, ciencia y filosofía están de acuerdo en este problema. Mas la solución que le dan es contraria al íntimo acuerdo de continuidad que existe en el infinito y continuo yo del universo. Tanto daría aceptar la existencia de esa dualidad como la existencia de continuidad entre el espacio y lo inextenso. De manera, pues, que todo es esencia. El cambio de forma, por consiguiente, debe ser una ilusión, o mejor dicho, un estado fijo de conciencia del yo infinito.

*Explicación del fenómeno  
universal del movimiento.*

Pero el movimiento parece que altera los centros de atracción y repulsión de las cosas y cambia la esencia que las constituye. Este fenómeno es el que ha inducido a la filosofía a creer en una forma que no es esencia y cambia a merced del impulso de

los fenómenos, los cuales no son en sí energía sin valor fijo. Soluciones absolutamente contradictorias. De modo que es menester otra hipótesis que explique el fenómeno del movimiento como reposo absoluto, incapaz de hacer variar la esencia formal y la noumenal del ser. A este propósito he formulado la siguiente:

Lo que en el movimiento parece cambiar de lugar está en reposo. La conciencia universal infinita de su diversidad infinita es la que extiende a nuestros ojos la multiplicidad permanente de los cambios que creemos ver en la extraña fenomenología del movimiento. De manera que el universo se prolonga en sí mismo en infinito número de dimensiones que la conciencia de su diversidad nos hace ver en una sucesión engañosa. Todo está presente en el universo y manifiesto en él, las actitudes, los procesos del movimiento, todo en absoluto.

Lo que se mueve, en consecuencia, se prolonga en sí mismo en su infinita extensión y multiplicidad de planos fijos. Moverse es sentirse en otros aspectos que son propiedad del ser infinito que se mueve en uno. El hecho de ser es tener conciencia

de una vida, el de ser consciente es sentirse prolongación de sí mismo, y sentir esta inevitable prolongación por el movimiento en uno mismo es ser infinito, porque prolongación que cesa es movimiento que cesa en absoluto, y existencia que se desnaturaliza en absoluto. El movimiento es la forma con la cual el universo se siente infinito.

La evolución consiste, pues, en sentirse el yo infinitamente diverso, y todo es diverso infinitamente en virtud del movimiento infinito, idéntico a sí mismo, perfecto en sí y para sí mismo.

El movimiento es la conciencia de la diversidad. El cambio no existe.

#### *Principios.*

Ya he expuesto mi concepto trascendental del ser y el no-ser, demostrado mi existencia y resuelto que el universo es fijo. Además tengo definida la evolución y definido el movimiento. Correspóndeme ahora exponer mi método general de crítica.

#### *Método de crítica.*

a) Partir de un concepto general de la

vida: criterio del alma; criterio del cuerpo. Relaciones de ambos. Elementos más importantes de la vida.

b) Concepto de crítica relacionado con el anterior de la vida: recursos formales y subjetivos para aplicar principios. Recursos de la inteligencia para inquirir la verdad con la crítica.

c) Sistematización de los conceptos anteriores de acuerdo con las verdades trascendentales que cree conocer el crítico servido de su doctrina particular.

Estos principios trascendentales se refieren al método filosófico que puede seguir el pensador para trazarse su sistema de crítica. Constituyen lo más universal que he concebido con respecto a la materia. Con fundamento en estos principios propongo mi hipótesis personal de la siguiente manera:

#### *La vida: el cuerpo y el alma.*

La vida es la existencia. Pero hay categorías de vida y de existencia. La del hombre es la categoría humana de la vida; a ésta precisamente debo referirme.

La existencia o la vida humana consta

VICTOR SERRAVALLO

de multiplicidad organizada de fenómenos. Las manifestaciones diversas que caracterizan su naturaleza han engendrado desde antiguo la preocupación de crearla una dualidad: la del cuerpo y el alma; dualidad que ha resultado posteriormente analizable en todos sus elementos.

Sábase que el cuerpo se compone de diversos órganos y que el alma tiene diversas funciones. Todo cuanto es diverso es susceptible de ser descompuesto por el medio. Pero no creo que la descomposición signifique para el cuerpo dejar de ser. Lo referente a ésta queda explicado en el capítulo que le dedico al fenómeno universal del movimiento. Corresponde aquí declarar la inmortalidad del alma y del cuerpo. Estos preliminares me dan campo a hablar con más amplitud y más propiedad de la materia.

Recíprocamente el alma y el cuerpo son órganos el uno del otro. Sus funciones se complementan al menos en lo que hay de experimental conocido por mí del nacimiento del hombre a su muerte. No me aventuro a afirmar o no que otros fenómenos que se atribuyen a almas errantes

fuera del cuerpo existen. Ni creo que en el caso de existir ciertos fenómenos de los cuales no conozco sino una experiencia clara, los llegue a explicar como de ordinario se explican por diversas escuelas de ocultismo y de ciencia común.

*La unidad de la vida.*

Lo uno trascendental no existe. Todo es analizable. Como la entiende Spencer, la unidad de la vida es la relación armónica de todos los elementos de la vida. Las múltiples vicisitudes de la evolución no son sino en parte resultado de los complementos armónicos de esa armonía vital.

El anterior es el concepto a que me refiero al hablar de la unidad de la vida.

*Elemento más importante de la vida.*

El pensamiento: su expresión por la palabra y el gesto; su expresión por el hecho.

No es del caso definir lo que entiendo por pensamiento. Impórtame ahora ver su historia. El pensamiento humano aparece con la capacidad de juzgar la conveniencia de las imágenes elementales de los sentidos

con propósito de aprovechar el medio sometiendo por uno y para uno mismo los fenómenos que producen esas imágenes. No hay diferencia entre los pensamientos elementales del hombre y la sensación. Luego pasa a ser más consciente y más colectivo: se piensa para los demás, del pasado y del futuro. Empiezan a sentirse las necesidades de abarcar más ideas y ordenarlas conforme a necesidades de un carácter armónico superior. Se trata de explicar las leyes que rigen los fenómenos del entendimiento y después de aplicarlas para explicar las cosas y las verdades trascendentales del universo.

*La palabra.*

Al manifestarse el instinto produce actitudes y funciones diversas en el cuerpo: el gesto; la emisión del sonido graduando el estado íntimo del pensamiento instintivo. De esta última proviene la palabra.

*Fenómenos diversos de la naturaleza y la evolución de las lenguas.*

Todo es movimiento y éste es choque. Del choque procede el sonido. En conse-

cuencia, el pensamiento es música y también la palabra, ambos diversas categorías musicales. Todo influye en las cosas y es influido por ellas en la relación musical que las une. De manera que la palabra tiene un poder musical intrínseco. Si la palabra es una y el pensamiento otro, se declara un fenómeno psicológico de neutralización del pensamiento y del hecho que lo prosigue. Pero la palabra tiene un valor muy inferior al de las voliciones. Sin embargo, determina gran parte de las acciones del simulador que la habla.

*La evolución de las lenguas tiene relación estrecha con la del pensamiento.*

Los hombres primitivos manifestaban sus pensamientos y sus emociones con los recursos del gesto y la voz: los gritos y la expresión salvaje de las actitudes rudimentarias. Bien se puede afirmar que todos los pueblos de la remota antigüedad primitiva tuvieron una misma lengua rudimentaria, porque la semejanza de las manifestaciones del instinto es muy grande; el instinto auna a los seres de una misma especie y aun a

los seres de un mismo género: les da costumbres y recursos comunes para luchar por el placer y la vida. De ahí deduzco esta afirmación: los hombres han partido de una manifestación simple y común a todos que facilitaba el comercio común de las razas.

Después llegó a separarles la tendencia egoísta del individualismo y diversificaron, primero la forma y después el fondo de sus costumbres. Y como consecuencia de este fenómeno se produjo la diversificación de las lenguas, la cual somete a los hombres a una esclavitud que retiene la evolución del pensamiento.

Pero los idiomas conservan formas comunes que tienden a simplificar los medios de expresión y que por sí solas bastan a revolucionar contra el prejuicio individualista de los pueblos. Estos fenómenos vienen de las necesidades intrínsecas del pensamiento y de las formales del sonido.

*Fenómenos comunes a todos los idiomas.*

La mayor y mejor parte del abecedario es común a todas las lenguas; los sonidos

que expresan principalmente estados emotivos del alma son casi los mismos en la mayor parte de las lenguas. Las interjecciones son acompañadas de gestos comunes y sonidos muy semejantes, de modo que constituyen un lenguaje común. Hay en el alma la determinación de una dualidad universal: la del placer y la tristeza. En música ordinaria corresponde a cada uno de sus dos términos un signo especial, el sostenido y el bemol. Las lenguas carecen de estos signos, pero no del fenómeno universal que determinan. Les es común a todas en mayor o menor grado, según que sean más o menos sentimentales. Cuanto hay de común en la mente humana conserva su sonido universal o trata de universalizarse en un sonido universal.

La crítica debe juzgar el valor de las obras habladas o escritas reconociendo los fenómenos universales y los particulares del lenguaje personal en que están concebidas.

En esta forma puede determinar lo universal o lo particular de la obra, su mayor o menor mérito como obra de estilo.

*Defectos comunes a todas las lenguas.*

En los idiomas los diversos modos de expresar las palabras con los sonidos hacen diferir los fenómenos mentales a que se aplican, corresponden regularmente a diversos nexos de analogía establecidos entre el pensamiento y el sonido que lo simboliza.

De suerte que se piensa en cada idioma de modo particular hasta cierto punto. La obra de traducción es obra de alteración de ese modo particular, y de acomodación al modo particular del idioma a que se vierte la obra.

Pero el defecto fundamental de los idiomas consiste en diferir los unos de los otros.

La pintura, la escultura y la música y la misma mímica, en este sentido, son formas superiores de expresar el pensamiento. El arte del estilo resulta contagiado de las irregularidades que son defectos comunes de las lenguas. Y estas irregularidades estrechan el pensamiento hablado o escrito.

La crítica que desconoce estos fundamentales fenómenos obra en el vacío.

*Relaciones entre el pensamiento y la palabra.*

La palabra es el símbolo de un hecho o de un objeto. El símbolo se elabora a semejanza de su objeto, de manera que es su representación abreviada. Luego la palabra ha nacido semejante al objeto que se ha deseado determinar. La onomatopeya explica claramente el fenómeno. Sólo que en cuanto se refiere a los otros sentidos no es fácil determinar la similitud de las voces con las sensaciones que las produjeron, lo cual no es argumento en contra de la tesis planteada.

Sin embargo, no son pocos los vocablos que no poseen musicalmente, ni en ningún otro sentido, relación alguna con el objeto o el acto que denominan. Mas la mayor parte de ellos tiene su origen en raíces que conservan la similitud originaria con el fenómeno para el cual fueron creados como símbolos. De esto se concluye lo siguiente:

- 1) La diversificación de los idiomas es la prostitución, en cierto modo, de las raíces originarias.
- 2) Las nuevas palabras deben crearse a semejanza de los nuevos fenómenos que las

requieren, o mejor dicho, a un fenómeno nuevo corresponde la creación científica de una nueva raíz que tenga una clara similitud con él.

3) La crítica del estilo debe legislar conforme a las dos consecuencias anteriores. Es decir, conocer los errores fundamentales de la diversificación de las lenguas, las raíces comunes que las atan al tronco originario, y las ventajas y desventajas científicas y artísticas de las raíces. Desde luego se entiende que la crítica en esta forma es de carácter universal y de ninguna manera nacional.

*El pensamiento y la palabra, complementos de la unidad de la vida.*

A toda obra humana la precede el pensamiento y generalmente la palabra unida a la idea. El pensamiento juzga, ordena y prevé las obras del hombre servido del lenguaje. Ambos, la palabra y el pensamiento, relaciónanse para determinar la obra dirigente de la conservación y evolución de la unidad de la vida. Cuanto afluye a la mente, que es música, tiene su correspondiente símbolo en la palabra. Se infiere, en con-

secuencia, que existe una estrecha relación psicológica entre el lenguaje y el pensamiento, e indirectamente entre la palabra y el acto que prevé, ordena o juzga el pensamiento. De manera que los actos del órgano, del pensamiento y de la palabra constituyen las funciones complementarias de la armonía total de la vida práctica del hombre. Al órgano, al pensamiento y a la palabra se les puede juzgar partiendo de cualquiera de estas tres entidades de la vida humana: se relacionan y se complementan estrechamente.

Los anteriores preliminares son principios que dan una mayor seguridad al crítico laborioso que estudia bien el caso particular a que va a aplicarlos. En otra forma la fantasía suple a la severidad científica y artística del crítico. Las frecuentes contradicciones que creemos notar entre los hechos, el pensamiento y la palabra del hombre, son de apariencia. La simulación de un acto bello altera la belleza intrínseca de este acto. El hombre es un conjunto absolutamente armónico que se desenvuelve conforme a la fuerza mayor que le caracteriza.

*Otros elementos trascendentes de la vida.*

El medio; circunstancias de la época; circunstancias naturales del país en que se vive; alimentación; posición social; aspiraciones privadas y públicas; la familia; los amigos; sufrimientos morales; estado de evolución de los sentidos, etc.

Actualmente el medio topográfico va tomando menor importancia en la vida del escritor. Los libros constituyen un elemento capital del medio y son éstos los agentes de la variedad de todos los paisajes y los climas de la tierra. No quiero decir que la topografía del suelo no transforme las cualidades más caracterizadas del libro, pero es lo cierto que la meditación que sugiere es un gran aliciente en el desenvolvimiento del hombre de letras.

*Concepto de crítica relacionado con el anterior de la vida.*

El arte y la ciencia de juzgar las obras humanas en todo género de actividades para alentar las buenas, rechazar las malas y sugerir nuevos puntos de vista conforme

al interés general de la humanidad, llámense crítica. Son arte en cuanto juzgan las formas servidas de reglas formales, ciencia en cuanto juzgan el fondo psicológico de los fenómenos del alma a través de las formas.

Anteriormente hemos visto que la forma tiene un valor trascendental en la vida, y declarado que es un complemento de la psicología del hombre. El fondo y la forma son complementos esenciales de la unidad de la vida. Pero el valor de los dos no es el mismo. La forma produce un efecto musical en los sentidos bajo el servicio de las facultades del alma; está subordinada a sus fenómenos interiores.

Los recursos formales y subjetivos para aplicar los principios de la crítica son el conocimiento, en primer término, del método filosófico de la comparación; en segundo, el conocimiento de las capacidades sintéticas y analíticas de las ciencias y las artes. Después está el recurso fundamental del conocimiento de sí mismo que debe poseer el crítico. Este es de una trascendental importancia. No se puede tener fe en la obra de crítica de un hombre cuya

vida no se conoce. Ni es posible que el crítico tenga seguridad para juzgar si no dispone de sus propios puntos de vista después de un largo examen de conciencia. La preparación de sus conceptos sobre la vida no se concibe en un crítico que no se conoce a sí mismo.

Los recursos formales se refieren a la calidad de la materia que constituye la obra. Consisten en los elementos materiales de observación de que disponen los sentidos, en los elementos instrumentales y en los conocimientos que se poseen de antemano de la lengua, la pintura y demás materiales de construcción común que se usan para simbolizar el pensamiento. Todo cuanto se refiere a la materia de expresión debe ser objeto de conocimiento del crítico que desea juzgar a conciencia los fenómenos más complicados del cuerpo y el alma del hombre.

*Recursos de la inteligencia para inquirir la verdad con la crítica.*

LA INDUCCIÓN. Las excelencias de este método han sido juzgadas ya por la ciencia

y la filosofía. Estudiar el caso particular que se desea juzgar requiere la exclusión de todo prejuicio, hasta donde es posible examinar las cosas sin el recurso de la preparación determinante de anteriores observaciones hechas en otros casos particulares. El espíritu científico reclama una actividad mental que esté preparada para las graves sorpresas de la invención y el descubrimiento.

LA DEDUCCIÓN. Deducir es lo más delicado para la inteligencia. Supone los resultados indirectos de la aplicación de los hechos particulares a una idea general que los resume, y después, la aplicación directa de la idea general a un caso particular al cual se le han encontrado analogías y diferencias que es preciso relacionar con esa idea. Se trata de un procedimiento oblicuo de llegar a la verdad. Por consiguiente, es más delicado que el anterior método. Ambos métodos se suponen recíproca y necesariamente.

La crítica está en el deber de conocer a fondo estos recursos de observación filosófica y científicamente. De lo contrario no es posible responder a las exigencias gene-

rales de mi definición de crítica que pide alentar la verdad, rechazar el error y crear nuevos puntos de vista del arte y la ciencia.

*Sistematización de los conceptos críticos de acuerdo con las verdades trascendentales que cree poseer el crítico.*

Porque la generalización es la función que corona los desvelos científicos del hombre y nos pone ante hechos de más elevada trascendencia, el crítico, que debe tener delante de sí los intereses más generales de los hombres, está en el deber, además, de ajustar con un propósito expreso sus reglas críticas a la verdad filosófica que haya creído de más interés para la inteligencia de los hombres.

Mi verdad más amplia que deseo aplicar como crítico consiste en la fe religiosa de que me he empapado en el examen de los problemas trascendentales de la filosofía.

Anteriormente quedan consignadas las ideas que he adquirido acerca de la vida y sus elementos: la forma y el fondo con sus respectivas conexiones extensas. Y he planteado y resuelto los fundamentos de la

explicación de mi existencia en relación con el universo.

No he querido sino proponer un boceto de mis principios de crítica. Como se trata de una sistematización completa que no se ha pretendido hacer en este género de disciplinas, no tengo recursos de colaboración a mi alcance que hayan contribuido mayormente a la elaboración del trabajo. Los grandes vacíos que se notan en su oportunidad serán objeto de estudios especiales que determinarán más visiblemente la posibilidad práctica de los principios expuestos.

AU TO CR I TI CA

## AUTOCRITICA

*Definiciones. Crítica y auto-  
crítica.*

Juzgar las obras humanas en todo género de posibles actividades, alentar los buenos aspectos y rechazar los malos, sugiriendo para ambos propósitos nuevos puntos de vista conforme al interés general de los hombres, es función correspondiente al arte, la ciencia y la filosofía de la crítica. Y referir precisamente los propósitos de la crítica al desenvolvimiento particular de uno mismo en relación con el mundo y los otros seres vivientes, equivale a practicar la autocrítica.

*Crítica del mundo exterior y  
autocrítica.*

La crítica del mundo exterior con rela-

ción a uno mismo, aunque tiene semejantes funciones, orígenes y finalidades que la autocrítica—la universalidad del bien y los propósitos de realizarlo—, difiere en esos tópicos de la materia en la exacta proporción en que no son idénticos. Y de la diferencia que caracteriza ambas críticas proviene la necesidad de distinguir sus facultades y procedimientos para ejercitarlos con la mayor perfección posible.

*Ventajas y desventajas de la crítica de lo externo y la autocrítica.*

La crítica del mundo exterior con relación al tipo que la ejerce ofrece un campo más complejo y extenso al estudio. Las facultades se diluyen en la vasta observación de los fenómenos de ese mundo maravilloso e infinito que le rodea. Además, la fuerza observadora y asimiladora de la inteligencia en el estudio del mundo exterior se aleja del núcleo motor que la produce, y se debilita en la proporción en que se aleja y empeña en un campo mucho más vasto que el mismo núcleo referido, del cual procede directa y estrechamente.

En cambio, la autocrítica trabaja en terreno más determinado, cercano y constante, y sus dificultades y desventajas en relación con la crítica del mundo exterior se deben a las causas contrarias, a la mayor cercanía del objeto que se observa; y es, a veces, el mismo conjunto de facultades autocríticas que se examina a sí mismo. Pero hay siempre más probabilidades de efectuar mejor autocrítica que crítica del mundo exterior; y esta última es una resultante de aquélla, puesto que en primer lugar aparece el tipo, y por consecuencia, las capacidades y objetivo de la autocrítica; y, después, la observación de lo exterior aparejada de sus propios motivos.

*Divisibilidad de la mente.*

Por sus consecuencias es posible juzgar las causas y acercarse a la naturaleza que las constituye y determina a obrar. Así, por ejemplo, la naturaleza múltiple de las obras que produce la mente—obras de comprensión, asimilación y disimilación, memoria, voluntad, sentimiento y fantasía, etc., etc.—, nos induce a conocer que una característica esencial de la causa es la multipli-

cidad en la misma armonía del yo, que, por otro lado, parece indivisible. Y en realidad, lo uno no es capaz de ser energía productora en ningún sentido, sin dejar de ser indivisible y perder su carácter.

En tanto que obra la mente es múltiple, finalmente; y, por ello, divisible.

*Consecuencias de la divisibilidad del yo.*

Como la unidad absoluta no podría mantener ningún género de relaciones—relaciones con su exterior o consigo misma—porque la relación sólo es posible en la analogía, y ésta en la multiplicidad, que gradúa el enlace de las cosas por la armonía universal, y el yo tiene la capacidad de establecerlas consigo y las cosas y espíritus exteriores, es natural que no es uno y debe su poder de introspección a las fuerzas múltiples que lo constituyen. En virtud de esto resulta necesario que el yo sea múltiple para que esté en condiciones de efectuar la autocrítica. Y en el fragmento anterior queda comprobada la existencia de su divisibilidad, que entraña, naturalmente, la

multiplicidad que se exige de la conformación del yo.

Y así como de la divisibilidad del yo se desprende la capacidad introspectiva de la autocrítica, de ésta depende el poder crítico que juzga el mundo externo, externo con relación a ese yo múltiple y armónico en sus funciones, origen y propósitos.

*Tópicos fundamentales de la autocrítica.*

1.° Existencia de la obra; de un poder capaz de juzgarla; y 2.°, existencia de la multiplicidad de las facultades críticas y la multiplicidad de la obra a que se aplican las funciones de esas capacidades. Esos tres fundamentales aspectos han de ser considerados detenidamente en su naturaleza, funciones y relaciones recíprocas.

*Existencia de la obra.*

El espíritu puede engañarse a sí mismo, y creer que existe una obra de imaginación en el mundo ordinario, o viceversa. Necesario es analizar la naturaleza y orígenes de ambos fenómenos y localizarlos con propósito de evadir sus influencias.

Todo empeño se debe a una exaltada o reducida imaginación del objeto, ya porque el testimonio de los sentidos sea inexacto y la inteligencia padezca un estado patológico, en primer lugar; en segundo término, porque una engañosa o equivocada autoridad exterior puede contribuir a que la imaginación o el simple raciocinio efectúen torcidas apreciaciones de los objetos y las ideas.

La localización de la procedencia concreta de los engaños sensuales, de imaginación y razonamiento, es la tarea que corresponde al crítico en el estudio determinado de las obras externas e internas, o la simple presunción de la existencia de esas obras.

*Existencia de un poder capaz de juzgar.*

Juzgar no es conocer de modo absoluto la realidad de las cosas; es, simplemente, comparar y establecer grados de relación, partiendo de planos conocidos por sus relaciones comunes con el mundo ordinario, que son resultado de experiencias de carácter vulgar, y, por lo mismo, detenidamente comprobadas por vastas generaciones y

largas épocas de la historia humana y todo lo que se refiere a sus vicisitudes.

Entonces la atención debe dirigirse a la calidad de comparación y las relaciones que se efectúan, para llegar a saber en la medida en que son aceptables o inaceptables.

Por otra parte, se conoce que existe el poder mental de juzgar las obras e ideas, por la existencia misma de los elementos que lo constituyen: apreciación de analogías y diferencias por el sentimiento y el ejercicio abstracto de la asimilación y la disimilación; y capacidad abstracta y sentimental de establecer relaciones.

*Existencia de la multiplicidad de la obra y del poder crítico.*

Un medio de conocer la existencia de la multiplicidad del poder mental de juzgar es el de apreciarla por sus propios resultados, que son las funciones de la comparación y el ejercicio de establecer relaciones, vistos en el párrafo anterior. Pero existe otro, de mayor trascendencia filosófica. Como la unidad absoluta es el reposo absoluto y el movimiento la manifestación de toda multiplicidad, donde éste aparece

puede afirmarse que esa multiplicidad lo ha engendrado. Y la obra, cualquiera que sea, tiene su génesis en la acción creadora, que es un movimiento inicial.

En lo que respecta al conocimiento de la existencia en la multiplicidad del poder crítico basta decir que no puede actuar sin la observación, el análisis y la síntesis, que son movimientos, y, por consiguiente, multiplicidad.

*Generalidades que se relacionan con los tres puntos de partida.*

Tener una idea clara de nuestras capacidades y de los instrumentos que se usan para apreciar los movimientos del alma y los externos con relación a ella, es cosa precisa para adquirir un aproximado conocimiento de la existencia o no existencia de la obra que se pretende estudiar.

*Conocimiento de los sentidos.*

Los sentidos son los instrumentos directos de la percepción y los indirectos de la apercepción; y por esto, los instrumentos de la vida, que es una compleja armoniza-

ción de percepciones y apercepciones. Por consecuencia interesa sobremanera examinar los elementos constituyentes de sus órganos y las múltiples funciones de éstos. Pero como el tipo normal de la sensación no existe, se ha de observar la inclinación peculiar que dirige las funciones y la peculiar estructura de cada órgano; y se encontrará que las características personales son precisamente obra de las peculiaridades orgánicas y mentales del individuo.

*Los sentidos.*

Para tener resultados ordenados y simplificar el esfuerzo es necesario clasificar el estudio de los sentidos en grandes y pequeños tópicos cuyas características puedan ser determinadas por la ciencia. De conformidad con esto adoptaremos el siguiente orden lógico: 1.º), órgano de los sentidos visto en sí mismo; 2.º), visto en sus relaciones con el alma; y 3.º), en sus relaciones con el mundo exterior. Cada uno de estos grandes aspectos será subdividido en tantos subórdenes como se aspire a detallar la observación y conseguir resultados más o menos complejos. Así, por ejemplo: 1.º) El ór-

gano visto en sí, estudiado en su constitución, en primer lugar; y luego, en lo que respecta a sus funciones. 2.º) Constitución y funciones de la relación del órgano con el alma. Y 3.º) Constitución y funciones de las cosas y relación de ellas con los sentidos. Después podríase considerar una nueva subdivisión del siguiente modo: diversidad de formas de constitución; de categorías motrices; diversidad de relaciones del órgano con el alma y el mundo exterior; relaciones directas e indirectas de materia y de movimiento.

#### *La vista.*

La óptica puede suministrar la mayor parte de los conocimientos al autocrítico que tenga en estudio el aspecto orgánico y mecánico de los órganos de la vista. Pero lo personal necesita de una reconstrucción mental que señale las características del tipo: así estará en condiciones de aplicar los recursos de la medicina e higiene conforme las inclinaciones y estado personalísimos que corresponden a cada ser y lo distinguen de los otros.

Además, el estudio de los ojos y sus fun-

ciones, como queda indicado en el párrafo que precede, deberá hacerse, una vez obtenidos los informes científicos de la óptica, ordenando los recursos de esta ciencia de tal manera que su comprensión sea una adopción práctica de lo que nos corresponde conocer de la materia general, o lo que nos singulariza, especialmente; en esta forma no se aceptará ninguna proposición científica sin obligarla a adaptarse a la comprensión original del autodidacto y asimilarla en la proporción en que éste lo necesita para el impulso personal de su desarrollo consciente.

Por lo demás, debemos repetir los análisis a menudo y descubrir los grados de remoción natural que se opera, tanto en los ojos como en los otros órganos del cuerpo, y las funciones de todos. Las aptitudes y deficiencias ordinarias y patológicas—toda enfermedad corresponde un género de aptitudes—que sufren la remoción, van alterando las imágenes visuales; y las nuevas formas de apreciarlas someten al espíritu a una correspondiente modificación de singular trascendencia en la vida. De aquí la conveniencia de hacer el análisis de la vi-

sión y los órganos correspondientes, con el número de detalles que sea posible adquirir. Lo mismo ocurre con las otras facultades y órganos.

### *El oído.*

La sensación de la armonía del verso, que es sonido en la proporción que palabra, no es psicológica en sus principios elementales, nace en el oído, el cual concierta las vibraciones conforme corresponde a las capacidades internas del hombre. A esto se debe que el sordo de nacimiento tenga una psicología no complementada. Ocurre el fenómeno en toda clase de sentidos conocidos; y es muy probable que ocurra en los otros, puesto que las leyes del contacto son unas mismas, y el sentido siempre lo supone con sus leyes comunes.

Y como cada individuo tiene su propio oído, diferente de los otros, conviene que intentemos determinar el origen de las ideas auditivas en su relación con el origen de la ideología personal de cada uno: así se delineará el perfil histórico de nuestras almas en sus analogías y diferencias con las

otras analizadas, de músicos—artistas en general—sabios y filósofos.

### *El olfato.*

En la historia se ve la preeminencia que en momentos determinados y para determinados objetos, se da a tal o cual sentido. La religión, que es la síntesis de los progresos más audaces del espíritu humano, lo ha observado y practicado maravillosamente. Existen armonías, sabores, colores, olores y contactos místicos, y cada sensación que provocan ataca el alma y la orienta hacia rumbos más o menos caracterizados. A este propósito podría afirmarse que si no hubiese templos para alimentar las necesidades sensuales de la mística, la fe padecería una baja considerable de asociados.

Debido a la historia estamos desde luego en condiciones de clasificar las sensaciones odoríficas y conocer la génesis de multitud de inclinaciones psicofisiológicas. La siguiente clasificación podría servir al análisis detenido de esta materia: olores místicos; olores profanos; artísticos o no artísticos—poéticos, por ejemplo, y los que proporcionan decaimiento, pereza, trastor-

nos orgánicos, digestivos, etc.;—olores festivos, etc., etc.

Es oportuno recordar aquí el hecho de que las sensaciones e ideas, cualquiera que sea la categoría e intensidad que les corresponda, pueden ser dirigidas voluntariamente hacia todos los rumbos y referirse a todos los tiempos. Abarcan e impulsan, rechazan, comprimen y extienden los cuerpos y las funciones; evocan, profetizan, y combinan estas dos formas de la actividad hacia propósitos futuros y retrospectivos. Así, pues, los olores insinúan, con un delicado cultivo de las facultades, cuantas ideas y sentimientos sean posibles en el espíritu y los órganos, actuando éstos sobre sí mismos o las fuerzas exteriores con las cuales se relacionan; y de propósito el hombre está facultado con objeto de civilizarse, si quiere, por medio del olfato o cualquiera otro centro dinámico. Pero la civilización más fácil es la integral.

La simple fragancia de un loto tiene en sí el poder de evocar la civilización íntegra de oriente y de cristalizar una previsión de los hechos más vastos.

La clasificación de los olores en aristo-

cráticos y democráticos, en la estética y la ética, puede ofrecer gratas y fecundas orientaciones al espíritu superior, o simplemente, iniciado en la ciencia del bien y de la belleza. Unido esto a los conocimientos indicados, de las funciones espaciales y temporales—ejercicio de abarcar e impulsar, rechazar, etc., etc., de la evocación y profecía—constituye un plan circunstanciado para el complejo ejercicio de las actividades críticas.

#### *El gusto.*

El sentido que nos pone en más directa comunicación con el mundo exterior es éste. A los alimentos se debe la subsistencia del organismo; sin gustarnos no ingresan al estómago, salvo una forzada o deliberada circunstancia que los haga aceptar—casos de violencia exterior o de conveniencia en que por enfermedad se toman drogas desagradables; y también en casos en que el cuerpo dañado que se prueba guarda una apariencia aceptable, de dulzura, de suavidad, etc...—A esta necesidad de subsistencia corresponde el gusto relacionándonos con las materias alimenticias.

De lo anterior se concluye que las funciones que anteceden y siguen a las del gusto, junto con estas últimas, tienen una importancia fundamental en la vida del organismo y, de modo indirecto, en el alma. Por consiguiente, cuando el gusto se atrofia—consecuencia probable de un trastorno de la digestión, o del órgano del sentido en sí—es preciso localizar sus consecuencias en la voluntad, la emotividad y la inteligencia analítica de la persona. Por supuesto que antes de empezar a estudiar la materia en este punto, como en los demás, se ha hecho el plan de estudio recomendado en los párrafos anteriores.

En la historia de este sentido es notable, de la misma manera que en la de los otros, el número de casos en que se han atendido para asuntos del espíritu sus funciones. Citamos el siguiente ejemplo: el ayuno, con fines religiosos. Aunque no se refiere directamente al gusto, sí de manera indirecta; y necesaria, en cambio.

#### *El tacto.*

Es el sentido fundamental del organismo humano, porque como es relación y los

sentidos funcionan al relacionarse con el objeto, o la idea y el sentimiento que se insinúan cuando la relación toma rumbo hacia dentro, claro está que los abarca a todos.



Además de todo lo expresado acerca del orden e ideas capitales que pueden dirigir al autocrítico en el estudio de sus órganos, las funciones y propósitos correspondientes a la escala en que están situados, en lo que tienen de general y común, o de singularidad típica que les distingue de los otros y de sí mismos en el tiempo—al autocrítico—queremos hacer observar que para realizar la introspección científica es indispensable conocer las propiedades orgánicas del cuerpo y todas las manifestaciones que les ha sido y es posible efectuar: por ejemplo: la plasticidad; la elasticidad; resistencia; contractibilidad; afluencias y emergencias centrípetas y centrífugas respectivamente; leyes de conservación, evolución e involución. Jerarquías orgánicas; irrigación de flúidos y líquidos; temperatura; fibras; asi-

milación y disimilación. Y las relaciones que se establecen o han establecido, en determinados casos, entre las funciones de las cualidades diferenciales.

Se comprende que la ciencia no podrá satisfacer a la curiosidad e interés trascendentales de ninguna persona. Pero esto no quiere decir que debemos dejar de prever las posibles orientaciones e inquietudes de los hombres del porvenir y menospreciar nuestras osadías de filósofos trascendentalistas, que nos revelan más de un tópico interesante de la materia.

#### *Ampliaciones generales.*

Para la práctica de lo indicado acerca de los sentidos no es suficiente el conocimiento de las reglas, hay que saberlas aplicar y saber comprobar los resultados sirviéndonos de largas observaciones, comprobaciones, clasificaciones, y análisis renovados. Y, con este objeto, propongo la división del estudio íntegro del autocrítico en dos grandes grupos: la autocrítica que se refiere a los elementos interiores del alma y del cuerpo; y la autocrítica que estudia las relaciones del alma y del cuerpo con las

almas y objetos exteriores. Aquí es preciso señalar cuáles son los objetos concretos de las reglas y la forma o las formas en que han de ser aplicadas.

#### *Principios fundamentales.*

La unidad no existe y los espíritus y sus fenómenos (1) exteriores, por este motivo, no permanecen, se renuevan de modo perenne. Y por lo mismo las influencias exteriores con relación al espíritu aportan a su interior verdades que se han ido renovando, y que en su trayectoria hasta él han perdido infinito número de veces la realidad originaria que ha deseado adquirir ese espíritu conforme ella ha ido acercándose a él, y éste ha renovado, a su vez, las aspiraciones en la medida en que se han perdido las primitivas con los objetos mismos que las han inspirado. La afirmación trascendental que esto entraña tiene sus comprobaciones eminentes en la vida ordinaria. Las afirmaciones *Nada se conoce en su esencia; todo*

(1) Nómeno y fenómeno son modalidades de una misma esencia múltiple; todo es esencial. La forma es tan real como el cuerpo mismo que la manifiesta.

*es misterio y sólo Dios conoce; Dios sabe por qué lo ha hecho*, más o menos populares, explican que un estado de intuición ha revelado la verdad metafísica que afirma la no existencia de la unidad, esto es, la imposibilidad de la existencia de un punto de partida absoluto del cual poder concluir con entera seguridad la verdad más simple. Esto nos relega al estado de las aproximaciones, a la negación hipotética de la evidencia absoluta y al mundo práctico de la hipótesis como verdad provisional, pero dinámica y progresiva.

La historia comprueba la inseguridad del hombre: nunca ha concluído nada que esté libre de objeciones sólidas y el día en que hubiese aparecido una verdad absoluta, es decir, una unidad absoluta, existencia contradictoria por razones que no nos es dado exponer aquí, por sí misma se habría impuesto a la comprensión universal de las cosas y los hombres, no se habría discutido jamás. Por el mismo motivo las épocas, sus accidentes y las relaciones históricas de las mismas, no se pueden determinar y la aproximación suple a todo ambicioso deseo de adquirir la eterna verdad del mundo.

*Continuación.*

Hay dos clases de testimonios de los cuales el alma toma las iniciativas de su desenvolvimiento: aparentes y verdaderos: los primeros corresponden a una realidad y se creen correspondientes a otra. Unos son espirituales, otros sensuales y los últimos exteriores al espíritu y al cuerpo. Estos últimos provienen de las ilusiones materiales que inspiran los objetos y de las espirituales de los otros hombres. Los segundos carecen del elemento ilusorio e impresionan al espíritu de un modo aproximado a la realidad del fenómeno que los sugiere. Como los anteriores, son espirituales, sensuales, o exteriores. Unos y otros pueden ser mixtos.

*Motivo de infinitas equivocaciones.*

Por la circunstancia de que la verdad absoluta no es accesible a los sentidos y al espíritu humano, y el mundo y el alma fluyen y se transforman de continuo, la aspiración del hombre debe concretarse a establecer relaciones entre los fenómenos temporales y espaciales. Así se responderá

con aproximación a las necesidades del momento. Por lo tanto, el motivo de las frecuentes imprudencias dogmáticas consiste en aspirar a fijar puntos de vista en una materia que fluye y se transforma.

*Disputas sin conclusión posible.*

Las ha habido y las hay innumerables en el arte, las ciencias y la filosofía. ¿Y conserva la historia siquiera una página indiscutible de afirmaciones filosóficas, artísticas y científicas? ¿No hay muestras, más o menos claras, de que la evidencia no es sino un fenómeno tan discutible como los más complejos fenómenos? Lo que parece aproximarse más a la realidad hipotética es el hecho mismo de la transformación constante de todo. No es muy aventurado creer que las disputas no tienen un fin próximo en la historia: el mundo fluye y se transforma y las capacidades espirituales—que están incluidas en él—evolucionan.

*Ejemplos.*

Los historiadores más distinguidos no son

errores infinitos de sus capacidades, las capacidades ajenas y la influencia ilusoria e irresistible de todo género de fenómenos: son resultado de las masas y no logran evadir sus influencias por más que lo intenten y se precien de conseguirlo. ¿Y cuándo es imparcial la masa si los acontecimientos que se juzgan constituyen su propia obra? Nunca, aunque fuesen ajenos a sus intereses. Desde luego, la parcialidad de todo historiador—de todo juez—es cosa bien calificada y natural. Y la imparcialidad absoluta no existe: sería el reposo, el vacío, o lo que es lo mismo, la nada. La existencia particular será parcial con lo que tenga de común con ella la existencia, que todo lo abarca.

¿Qué se puede creer entonces de los testimonios históricos para cincelar una obra espiritual, por ejemplo, que necesita de esos testimonios con el objeto de ilustrarla con hechos y argumentar su defensa en hechos humanos experimentados en vastos campos y vastas distancias?

Sólo la simple aproximación y la hipótesis, que impulsan hacia rumbos ignorados de la vida.

El intelectual debe intentar reducir las impresiones del exterior a sentimientos e ideas que excluyan, hasta donde alcancen las posibilidades humanas, la necesidad de los testimonios exteriores. Pero no podrá prescindir completamente de ellos.

*Otros ejemplos.*

Cualquiera está en condiciones de comprobar que, dentro de sí y en torno suyo, la perenne disputa de las facultades y los elementos lo abarca todo: es la incomprensión recíproca de las diferencias en el espacio y el tiempo lo que produce el fenómeno de esa disputa incansable.



Basta la introspección bien dirigida y una delicada experimentación de los elementos exteriores para comprobar el hecho. En lo correspondiente al espíritu se encontrará que las soluciones íntimas varían con las circunstancias de tiempo y espacio, con la mayor o menor extensión del objeto interior y la hora determinada en que actúa. En lo correspondiente al exterior se expe-

rimentará la indeterminación de sus relaciones con el interior: cada individuo de la ciudad o de la aldea juzga el valor de las obras del amigo, el enemigo o el indiferente, de diversa manera en las diversas temperaturas y circunstancias singulares del instante; no importa que sea anciano o joven, ignorante o docto en el arte, las ciencias o la filosofía, de buena o de mala índole; lo que varía es la proporción de la parcialidad que dinamiza las facultades. No es posible aceptar ninguna opinión ajena sin que hayamos determinado más o menos el interés que la produjo y la calidad de ese interés. De lo contrario seremos víctimas de los caprichos, infamias, benevolencia, caridad, encono, incomprensión, malicia, envidia, indiferencia manifiesta o reservada, ambición, vanidad, orgullo, excesos de delicadeza y cortesía, odio, y, en general, de las agresiones conscientes o inconscientes del medio en que se vive: esta inmensa amalgama mueve el alma y la materia del mundo. ¿Cuándo estaréis seguros de vuestros juicios y los ajenos? Que nada turbe el propósito de aproximaros a la verdad cuanto os sea posible.

*Motivos que desvirtúan la libre manifestación de los testimonios externos.*

La temperatura; el país; los temperamentos; la mayor o menor cultura en individuos de más o menos inteligencia; razas, costumbres; estados patológicos del cuerpo y el alma; la familia y sus vicisitudes políticas, sociales, morales y económicas; la educación; relaciones sociales: favores y ataques recíprocos; aspiraciones; edad; percepciones y apercepciones pasadas y presentes; fenómenos sociológicos, etc., etc.

a) La temperatura: se relaciona con todos los fenómenos humanos, adaptando o dejándose adaptar, y siempre de las más diversas maneras. El frío en determinados individuos produce determinadas consecuencias, que bien pueden ser de un género o de otro radicalmente opuesto. Lo mismo el calor. El grado de cultura, la edad, el estado orgánico, los bóhdos, todo contribuye a que las influencias climatéricas deriven los más diversos fenómenos internos. ¿Cómo se ha de conocer, pues, el grado de interpretación correspondiente a cada caso?

Sin embargo, el crítico acostumbra apre-

ciar los juicios exteriores que le interesan conforme corresponde al estado más o menos constante de su cuerpo y su espíritu, sin hacer caso a las circunstancias científicas variadísimas que los formulan.

b) El país: si la más leve variación del año o el calor determina en los seres multitud de cambios, cada país, que supone infinidad de cambios de temperatura y hechos de otro género, determina en las razas multitud de fenómenos más complejos que ese.

c) Los temperamentos: son una resultante de la energía nacional; y, por tanto, en un plano más delicado, lo del párrafo anterior referente al país corresponde a ellos. Esa energía se manifiesta en multitud de formas que se pueden clasificar en tres grupos: fisiológicas, psicológicas y fisiopsicológicas. Tienen su historia, en la cual es posible enumerar los fenómenos en corrientes y accidentales. A cada uno corresponde su naturaleza, sus consecuencias, y las relaciones que unen lo corriente con lo accidental.

La raza de un pueblo, por otra parte, puede prestarse para ordenar el estudio de las causas que producen temperamentos, en

materia psicofisiológica, relacionándola con el medio en que vive y sus vastas consecuencias morales y espirituales. Y a la raza se adjuntan los fenómenos de la lingüística, que acarrear al espíritu gran cantidad de motivos: fenómenos de localización de sentimientos e ideas; de generalización de los mismos; de conservación, evolución e involución ideales y no ideales, etc. Además, la constitución singular orgánica de cada elemento étnico determina las funciones del espíritu en la proporción directa en que se relacionan con ella, y de ambas cosas—alma y cuerpo orgánico—está constituido el temperamento.

Sólo el conocimiento científico, artístico y filosófico de estas circunstancias dará una mayor orientación al espíritu. Orientación que evitará los peligros de las pasiones en virtud de una tolerancia científica, filosófica y estética, cuya transcendencia no ha sido determinada todavía.

d) Diversidad de culturas e inteligencias: cada diferencia en estos dos sentidos dificulta las relaciones entre los individuos, porque relación es fusión ineludible de analogías. Por lo tanto, importa determinar

las capacidades y su poder virtual, la cultura y los accidentes que sufre, en los tipos a quienes analizamos sus juicios sobre nuestras obras y sus propias obras. Una vez determinadas estas circunstancias el autodidacto tiene el derecho de aceptar, en la debida proporción conforme al resultado del análisis, las autoridades exteriores adversas a sus actos o adictas a ellos. Por supuesto que nunca encontraremos espíritus idénticos a los nuestros, y esto significa que siempre será relativa, o, mejor dicho, aproximada la impresión que las autoridades nos proporcionen en cualquier sentido, con respecto a nosotros o a ellas mismas, o a la persona de que proceden.

e) Las razas: las diferencias étnicas son cosa evidente, no sólo en la constitución orgánica de cada agrupación, sino también en el sentido psicológico: la historia de los actos más generales de cada raza lo comprueba ampliamente. A cada raza corresponde cierto género de causas y a éstas cierto género de afectos psicofisiológicos. En consecuencia, es preciso determinar el elemento racial que constituye las diversas manifestaciones psicológicas y fisiológicas

de los hombres que nos interesa analizar con propósito de relacionarlas con nuestra autoeducación, o de nosotros mismos con el mismo objeto.

f) Las costumbres: provienen de la repetida manifestación de un fenómeno. Se realizan de muy diversas maneras, según la raza a que pertenece el tipo y las circunstancias climatéricas a que esté o haya estado sujeto; según el medio—características del país: relieve del suelo, paisajes, accidentes y leyes metereológicas, etc.—; y, en lo interior, según la fuerza y ejercicio de las facultades, además del grado de cultura adquirido. Se caracterizan por la tendencia de asimilar lo externo en la proporción en que no son asimiladas por las energías que se relacionan con ellas. Y por esta razón cuando las ideas se hacen costumbres en nuestro espíritu siguen influyendo en él en la medida en que no son aceptadas y han estado libres de influencias mayores del exterior. A esto se debe que sea necesaria la revisión constante de nuestras afecciones e ideas, y que a veces podamos oponer a esas ideas y sentimientos hechos costumbre, el examen metódico de sus circunstancias

para el efecto de corregirlas con el ejercicio superior de la voluntad ilustrada.

Por consecuencia, toda idea o pasión aceptadas corren el peligro de transformarse en malas costumbres. En este sentido, la aceptación tiene sus peligros, lo mismo que la negación sistemática.

Finalmente, se pueden clasificar las costumbres, conforme lo anterior, en dos grupos: negativas si se trata de algo que se rechaza sistemáticamente, y positivas si actúan en algo adquirido.

g) Estados patológicos del alma y el cuerpo: como la imparcialidad es metódica y los estados patológicos trastornan las facultades que ejercitan el método, la consiguiente ausencia del método supone la ausencia de esa imparcialidad, y, por lo tanto, de la aptitud para juzgar ideas y pasiones.

La persona enferma acelera o disminuye la rotación de sus pensamientos y afecciones, la asimilación y disimilación de la materia orgánica de su cuerpo y altera las relaciones de sus sentidos con lo exterior y lo interior. Y por ello no es posible que sea ecuánime al juzgarse y juzgar las cosas y los hombres.

Y, además, toda enfermedad tiene caracteres un poco distintos en cada caso, según sea el organismo, por consecuencia de los caracteres heredados y adquiridos. La crítica no debe y no puede despreciar semejantes circunstancias, aunque sea incapaz de determinar la cantidad y calidad de influencia que les corresponde.

*h)* La familia y sus vicisitudes políticas, raciales, morales y económicas: cada interés de la familia crea un sentimiento de conservación que se manifiesta de la manera más compleja. Sentimiento que está, por lo regular, debidamente complementado por ideas y conclusiones más o menos desenvueltas. También suele formarse el sentimiento por ideas que penetran profundamente en el espíritu y adaptan a sus movimientos y finalidades el organismo, transformándolo en un instrumento dócil. Y cada problema de la familia se relaciona directa o indirectamente con los otros, lo cual quiere decir que esas ideas y sentimientos conservadores no son formas aisladas y deben ser observados en sus efectos por el crítico como partes de un conjunto armonioso cuyas virtudes y defectos afectan

actitudes de gran trascendencia en sus manifestaciones particulares.

Lo económico, lo político, los intereses literarios, todo, en una familia, contribuye, por lo general, a una exagerada conservación del autocrítico que desea informarse de cualquier acontecimiento relativo a sus intereses y naturaleza.

En lo correspondiente a las vicisitudes étnicas de la familia, es posible adquirir preciosas orientaciones para juzgar con criterio sólido las circunstancias de algún hecho posterior de trascendencia o que atraiga nuestra atención por cualquier motivo: hechos de una deformación, por ejemplo, o hechos de cualquiera otra índole.

Pero sobre todos los problemas que se presentan al tratarse de caracterizar las distinciones civilizadas de una familia, están el problema de su evolución moral, la historia de su desenvolvimiento, las funciones que ha desempeñado y las que ha debido y no ha podido desempeñar, sus acciones y reacciones y sus propósitos actuales.

*i)* La educación: es muy natural que la mayor o menor intensidad de la educación contribuya a determinar en diversas formas

los actos aislados y las mismas costumbres de los individuos, pero en proporciones análogas en cada tipo puede actuar en formas diferentísimas. De aquí la conveniencia que hay en localizar los caracteres generales que las reúnen y familiarizan con los hechos comunes. Consiguiéndolo, el auto-crítico llegará a hacerse cargo de lo que debe aprovechar en sus relaciones morales con los demás hombres.

j) Las relaciones sociales cohiben o dirigen a la persona hacia diversos o determinados rumbos. Y colegir hasta qué punto esas influencias determinan a obrar al individuo, analizando las causas y los efectos, es tarea que pondrá en claro multitud de fenómenos que nos interesa conocer en las relaciones sociales con propósito de adaptar a nosotros el medio social o adaptarse a él en proporción económica, intelectual y moral, y de observar si la conducta de ciertas personas interesantes conviene al medio o les conviene exclusivamente a ellas, para defendernos o asumir una actitud prudente o de lucha ante las posibles violencias que se les pueda llegar a atribuir en un momento dado.

b) Favores y ataques recíprocos: la reciprocidad funde los intereses individuales en un solo núcleo, y los peligros que se derivan de ella son proporcionales a sus grandes ventajas.

La ley de la conservación por la asociación determina las funciones del fenómeno anterior; y para realizarse procura conservar los elementos interesados en la reciprocidad el mayor tiempo posible. En el caso de los ataques recíprocos las partes fijan la atención en un mismo interés que se disputan con diversos propósitos egoístas, pero, al fin, impulsados por un mismo fenómeno, que excita a la conservación de la vida.

La reciprocidad en la simpatía, al tratar de conservar este sentimiento, cultiva la benevolencia, que es fuente de excelentes realizaciones, y, sin embargo, a menudo causa de serios despropósitos. A estos últimos conviene anteponer la tolerancia científica, que siempre manifiesta toda la realidad con la dulzura asociadora que perdona las imperfecciones, porque no hay posibilidad de librarse de todas ellas y en cambio existe el derecho de sustituir las

reconocidas por verdades que pueden ser realizadas sin mayores obstáculos.

La reciprocidad en el ataque al intentar la conservación de los odios o simples intollerancias disimuladas—estas últimas suelen pasar inadvertidas a las personas más doctas y honorables—sostiene una enorme cantidad de ilusiones que se propagan con inmensa facilidad en el medio, máxime si se trata de personas distinguidas. Además, alimenta el placer regresivo de la conservación de los errores, que se desarrolla con gran voluptuosidad en los espíritus.

l) *Aspiraciones*: Contribuyen a concentrar la atención en un punto determinado al cual se va rodeando, con extraña ligereza, de ideales que exaltan las esperanzas y ventajas del objeto propuesto y esquivan las dificultades consiguientes a toda empresa reposada y científicamente provechosa. El autocrítico puede tener seguridad de encontrar este fenómeno en todos los hombres por más que se manifieste en unos de un modo y en otros de otro modo. Y debe obtener profundo conocimiento de las dificultades a que por esos motivos opone sus actividades, para no desviar, en la me-

nor circunstancia, su orientación fundamental.

Además debe entrar, por lo mismo, con el objeto de juzgar con provecho a los otros en lo que pueda interesar a su autoeducación, en conocimiento de las aspiraciones que les mueven a actuar en todo momento y bajo cualquier pretexto.

m) *Edad*: la edad contribuye a determinar las capacidades del individuo, puede orientar al crítico en la obra de juzgar la mayor o menor madurez de los afectos y las ideas. La psicología nos informa además que hay manifestaciones que no aparecen sino en determinadas épocas, como ocurre con muchas manifestaciones orgánicas. Pero no se debe olvidar que las cualidades y sus relaciones constituyen un plano distinto en cada tipo.

También se puede incluir cuando sea de propósito la edad de los cuerpos inorgánicos, de las plantas y los animales, porque el autocrítico está en relación con todo y tiene el derecho de conocer esa relación para ponerla a su servicio.

n) *Percepciones y apercepciones pasadas y presentes*: la memoria orgánica modifi-

fica el órgano y con éste la función. Y como es cosa difícil investigar en detalle la realidad de los recuerdos del organismo, nos bastará indicar que los caracteres más generales del ambiente en que se ha desenvuelto el tipo nos darán la clave de la capital constitución de los recuerdos orgánicos.

Entre esos caracteres los principales son: la temperatura; climas y colores fundamentales; formas fundamentales; música más usada en el país y sus ruidos más típicos—ruidos de carretas en marcha; de automóviles y barcas de gasolina; rumor de campanas; pitazos; voces de muchedumbre agitada; estruendo de cascadas; rezos en el templo, etc.—; sabores fundamentales—a frutos predilectos, a manjares—; olores característicos: a mirra, a sembrados y selvas, a resinas. Contactos característicos, violentos—ásperos—y suaves—contacto de piedras pulidas.—Entre tanta complejidad, el crítico llega a determinar los trabajos de elección que ha emprendido consciente o inconscientemente cualquiera persona, y, con eso, sus orientaciones psicológicas.

Tampoco es despreciable el elemento dinámico al manifestarse en las percepciones

presentes de los individuos con quienes se habla, o se está, simplemente, porque éstas influyen—las percepciones—con energía en las actividades ya asumidas, modificándolas, estableciendo relaciones nuevas o suprimiéndolas del todo.

Por otro lado, las apercepciones pasadas han influido en el tipo y hecho ambiente en él. En parte a ellas se debe, pues, la conducta de nuestras capacidades en el presente. Desde luego, conociéndolas se justifican o injustifican las manifestaciones externas de los individuos que nos rodeen. Pero las presentes al momento en que nos relacionemos con ellas modifican el contenido de la memoria, de un modo proporcional a sus energías transformadoras y a la debilidad del aspecto atacado de ese contenido.

Lo anterior debe hacerse si se tienen serios propósitos de crítica, pero existen dificultades muy serias para poder penetrar en el proceso interior que ha desenvuelto las apercepciones ajenas. Sólo queda un medio complejo y sumamente difícil de intentarlo: tratar de llegar a él a través de los signos exteriores orgánicos correspondien-

tes a cada uno de sus múltiples movimientos: la mímica; la expresión de la mirada y las demás funciones perceptibles de los otros órganos; y, sobre estos signos, el de la palabra. Y después habremos de intentar corregir los errores producidos en la distancia que media entre la mente y los sentidos del observador, entre éstos y los sentidos de la persona o personas que se estudian, y, finalmente, entre los sentidos de las mismas y sus capacidades espirituales, en donde está el verdadero objetivo de la indagación suscitada.

o) Fenómenos sociológicos: las verdades más generales, que tocan más de cerca a la constitución de la naturaleza, se comprenden con mayor dificultad que las particulares. Aplicado esto a los fenómenos sociológicos, resulta: mientras más vastos son, y más nos influyen, por lo mismo, mayores esfuerzos habrá de emplearse para determinar la cantidad y calidad de los efectos en los fenómenos comunes del hombre cuyas explicaciones pretendemos adquirir y relacionar con nuestros valores internos para modificarlos, fortalecerlos y desenvolverlos con toda amplitud.



Con el párrafo anterior terminan las consideraciones sintéticas sobre los motivos que desvirtúan la libre manifestación de los testimonios vulgares exteriores. Esas síntesis, como todas las del trabajo, tienen un carácter solamente inicial. Las siguientes se refieren a los motivos espirituales exteriores.

*Motivos espirituales exteriores que impiden la libre manifestación de los testimonios exteriores con relación al auto-crítico.*

La simulación; la fantasía; la mentira heroica o justificable simplemente; la broma; la ironía; la sátira; aplausos; benevolencia; indiferencia; el amor, etc.

1) La simulación: la cohesión de los elementos sociales persiste a consecuencia de los intereses que reúnen y armonizan los deberes y derechos de todos. Mas como la identidad de los individuos no existe, sus funciones en el grupo social difieren grandemente. Y la comunidad, sin embargo, se empeña en repartir derechos y obligaciones

como si esa identidad existiese o pudiese llegar a existir, tratando de determinar en tal forma orientaciones sociales con propósito de afirmar sus intereses. De aquí se desprende un principio fundamental de simulación que aspira a asumir egoístas actitudes de grata apariencia y efectivos resultados prácticos. La cortesía es una forma típica del principio que oculta la originalidad y diferencia de los hombres.

La misma naturaleza inorgánica desarrolla y conserva multitud de formas de la simulación, que tienen mucha semejanza con las más delicadas del hombre.

2) La fantasía: ocupa un lugar preferente en la historia de cada pueblo. El deseo estético de rematar los acontecimientos, explicar los fenómenos naturales y hacer poesía, ha producido enorme cantidad de hechos fantásticos que se creen verdaderos, con perjuicio, a veces, de la justicia y las buenas costumbres. Pues este mismo fenómeno labora con asombrosa constancia la belleza imaginaria, el mal imaginario y cuanto es susceptible de rectificación o simplificación en los espíritus.

3) Mentira heroica o simplemente jus-

tificable: hemos hablado ya de las mentiras convencionales y de las de la maledicencia o ingenio de los individuos en particular. Ahora corresponde hablar de la mentira heroica.

Si se conoce la persona que miente en circunstancias heroicas y merece nuestro respeto por su honradez y veracidad, su misma reputación impedirá que desconfiemos de sus hechos, sus palabras y sus reticencias simuladas. ¿Quién duda de las manifestaciones de un hombre veraz? Sin embargo, en más de una oportunidad la misma honradez del héroe puede denunciar sus ideas y afectos interiores a causa del rubor y la agitación nerviosa. En casos de menor trascendencia suele ocurrir también el fenómeno; y la verdad se adquiere al punto sin mayor esfuerzo. Cuando tienen un carácter marcado de violencia es el preciso momento en que el principio de la serenidad guiará paso a paso la curiosidad del crítico en la observación, el análisis y la síntesis final del fenómeno, porque el temperamento ecuaníme entraña una vigorosa dominación de ideas y afectos, en cualquiera relación en que se encuentren

con respecto a todo género de intereses individuales y sociales.

4) La broma: es múltiple: plebeya y aristócrata en alto grado. Habitual o accidental, no sabríamos distinguirla muchas veces en la estirada gravedad del magistrado, las sonrisas del niño, o las cortesías del anciano. Y el autocrítico debe localizarla con todas sus circunstancias para el objeto de evitar multitud de equivocaciones a que suele prestarse en delicadas oportunidades.

5) La ironía: es forma indirecta de manifestarse el espíritu indicando de modo elíptico ideas o pasiones; y produce una satisfacción malévola cuyos propósitos no siempre están bien orientados. El autodidacto debe procurar huir de toda malevolencia de las formas elípticas.

6) La sátira: oculta con ingenio, o por instinto, parte de la verdad que la ha empujado a manifestarse: obra con reservas; y la justifican las pasiones, agitadas de peligrosos impulsos. Turba la serenidad del espíritu, que es ecuanimidad, altruísmo, deseo de la armonía, y su realización final.

7) Aplausos: conviene fijar la oportuni-

dad en que aparecen. Si son colectivos, los fenómenos sociológicos que se relacionan con ellos y el estado de ánimo con el cual recibimos o rechazamos sus variadas influencias.

No se prestará atención sino a aquellas palabras de aliento cuyos orígenes no han sido estudiados sistemáticamente. La mayor parte de estas palabras, cualquiera que sea la autoridad de su procedencia, no es sino vana improvisación discursiva.

8) Benevolencia: se supone un don de armonía, por el cual se acostumbra desviar la atención de los serios peligros que implica. Después de todo, es una forma de la mentira que pertenece al grupo de las elipsis mentales. Sus consecuencias pueden ser la divulgación de la vanidad, la embriaguez de la gloria, la reducción del esfuerzo, la inconsciencia de los errores y la exaltación contemplativa de las virtudes, que las desfigura, empequeñece y oculta en multitud de ocasiones. El presunto favorecido hace una falsa apreciación de las facultades de la persona benévola; y, finalmente, se provoca la regresión de considerable cantidad de valores en todos los planos de la vida.

creído, la que existe entre padres e hijos, es la de los hermanos entre sí. El hijo hereda por mitades la naturaleza de los padres, y las dos que lo constituyen son análogas a las otras dos mitades que conforman la entidad de los hermanos; de modo que mientras éstos se relacionan en virtud de una semejanza total, cada uno de los padres es análogo a ellos en cuanto les ha heredado, es decir, en la mitad que complementa la mitad de contribución del otro. Esto explica la mayor afinidad que existe, por lo regular, entre hermanos, y la necesidad que debe determinar al crítico a hacer consideraciones psicofisiológicas de los acontecimientos que se refieran al amor fraternal: hechos de parcialidad o imparcialidad; explicación que manifiesten de los actos psíquicos, fisiológicos e inorgánicos, en relación con los intereses recíprocos que les impulse a las diversas actividades del cuerpo y del espíritu; etc.

B) Amor paternal: el padre está inclinado, en sus relaciones con los hijos, por regla ordinaria, a la benevolencia más caracterizada, por el desinterés que suele moverla a obrar, por la comunidad de propó-

sitos que les obliga a ejercitar funciones semejantes y la esperanza innata que tiene de prolongar su vida en ellos. Esta benevolencia supone un vasto campo de inexactitudes que podrían desviar las virtudes de orientación del crítico interesado en un caso que se relacione de alguna manera con el amor paternal.

C) Amor religioso: es esencialmente efectivo y trae los inconvenientes de las imágenes: sus múltiples relaciones erróneas; el abandono del desenvolvimiento ideal del espíritu; el desconocimiento de las relaciones recíprocas que deben existir entre afectos e ideas; etc.

Ha producido el amor a la fe, a pesar de los inmensos beneficios que aporta a los hombres, el exceso de celo, cuyas consecuencias han sido el homicidio y la persecución; ha causado la avaricia, la hipocresía, el decadentismo dogmático que es incompreensión, esclavitud e inactividad; la prostitución del alma y la carne de los pueblos.

D) Amor conyugal: los nuevos hogares se forman a expensas de los hogares correspondientes a ambos conyuges: es un templo que se construye sobre las ruinas de otros

templos queridos. Esto indica que el propósito es digno de un sacrificio semejante, e indica el vigor que constituirán los fines de ese propósito.

Y como a mayor trascendencia de los fenómenos el autodidacto encuentra en ellos mayor complejidad, en los que efectúan las relaciones del amor conyugal habrá de invertir gran cantidad de energías metódicas con el objeto de analizarlos y sintetizar sus fines, después de conocer sus funciones y su naturaleza originaria.

El amor conyugal produce un egoísmo análogo a su energía armónica; y como todo va removiéndose en él con la edad, los hijos, las nuevas dificultades y alegrías inherentes a la aparición de éstos, el crítico debe apreciar los cambios psicofisiológicos que son producto de las remociones parciales y totales de los valores.

Ahora se puede preguntar: ¿qué lugar ocupa el autocrítico en relación con los fenómenos de amor conyugal que examina? Contestada la interrogación, el éxito del examen dependerá de la serenidad, ecuanimidad, penetración y método con los cuales se emprenda el estudio del caso elegido.

E) Amor a las cosas: la percepción de las cosas afecta de diversas maneras el espíritu, el cual las ama en multitud de formas jerárquicas correspondiente a esa diversidad afectiva, y elige las necesarias para el desarrollo emocional de sus facultades interiores. Sabiendo determinar las sensaciones que producen en los sentidos—sensaciones auditivas, olfativas, visuales, táctiles y gustativas—los fenómenos de las cosas, se obtendrá, por otra parte, una orientación de verdadero carácter científico, o artístico y filosófico.

No se debe olvidar la patología de esta materia: amor a las deformaciones exteriores; amor caprichoso o exaltado a unas zapatillas de mujer, por ejemplo; a determinados fenómenos sensuales que enferman el cuerpo y el alma, etc.

F) Amor al mal: los hombres tienen innumerables defectos voluntarios, entre ellos el amor al mal: esto es imprescindible porque la naturaleza y sus accidentes lo imponen a todos los individuos. Y el problema que necesitamos resolver es la determinación de las circunstancias que los impulsan a actuar en cualquier momento. Hay

varios recursos para conseguir este propósito: el conocimiento de la historia del individuo; las circunstancias visibles del momento en que se produjo el efecto; el uso personal de la lengua y la mímica; etc.

Hecho el análisis y obtenidos en una comprobación minuciosa y serena resultados de una satisfactoria apariencia, se procede a aplicar lo concluído a la actividad interna.

G) Amor a la belleza: la conciencia de todo género de amor altruísta da por resultado el trabajo, que eleva y promueve, hacia el progreso, los valores de la civilización. No se concibe el equilibrio interior del espíritu y sus relaciones externas en un hombre de estrechas capacidades.

Poquísimas son las personas que tienen el suficiente talento, ilustración y voluntad para contener las malas inclinaciones; y se ve a menudo en la mayoría de los hombres distinguidos la claudicación en palabras y actos. ¿Qué se puede esperar del conocimiento hecho *a priori* de los fenómenos exteriores si las excepciones se multiplican a cada intento de penetración de la realidad?

El amor a la belleza no ha salvado al hombre de multitud de radicales antítesis que desconceptúan la esencia misma de su naturaleza: la excepción ocupa un amplio espacio de la regla y la confirma copiosamente. La historia del arte encuentra gran cantidad de casos patológicos en que la estética no ha contenido los excesos del vicio, de la simple amoralidad y de las violencias generales más robustas del mal. El excesivo amor a la gloria, el acatamiento a los juicios desautorizados de muchedumbres que aplauden, olvidan o rechazan nuestras obras, la falta de principios para dirigir con el mayor rigor nuestra propia educación, han sobrepujado en muchas oportunidades a los poderes altruístas del sentimiento estético.



El autocrítico debe cerciorarse de las ideas estéticas de los sujetos para relacionar con ellas directamente sus doctrinas y actos, establecer comparaciones y prepararse a las influencias recíprocas en cualquier sentido posible en que puedan llegar a establecerse, en bien o en mal; no de las

ideas que se improvisan y no se practican. Después está en el deber de adquirir conocimiento del valor analítico que orienta en uno o en los demás los actos de carácter estético, con el objeto de establecer el mismo género de relaciones anterior. Sólo faltará en seguida compaginar o intentar compaginar la vida común del esteta con sus capacidades analíticas y principios de orientación estética. Así se podrán separar los excesos del amor a la belleza de sus propios beneficios.

H) Amor a los hombres: es más frío a veces que el amor a las cosas determinadas y a los hombres determinados, y por eso a menudo es mucho menos activo. Mientras más universales son los intereses humanos son más dinámicos en el sentido intrínseco, pero el esfuerzo que ha de emplearse en el conocimiento de ellos será proporcionalmente mayor. Es por esta razón que el amor al prójimo asume una forma superior del espíritu, y sus excesos y buenos resultados producen mayores consecuencias que el amor egoísta a determinadas personas o cosas.

El amor a la raza; el amor a los conciu-

dadanos; a los compañeros; a los amigos; a los copartidarios, etc., son formas del amor universal al prójimo. Es preciso localizar sus fenómenos atendiendo cuidadosamente a la multiplicidad de sus formas.

I) Amor a uno mismo: por lo regular altera la clara visión de nuestros méritos y deméritos. Es preciso equilibrarlo con las otras pasiones y facultades reflexivas del espíritu... Así evitaremos la vanidad, la irreflexión para aceptar juicios exteriores e interiores favorables o no favorables a la personalidad o evitaremos los excesos y los defectos de su actuación; y podremos orientarlo hacia rumbos realmente educativos.

El amor a las cosas generales es superior al amor de lo particular dentro de nuestro espíritu, como en todas las circunstancias. Por esta razón determinaremos, además, el valor del amor de ese punto de vista e intentaremos su equilibrio y sus orientaciones posibles por medio de los recursos que estén a su alcance y satisfagan, por entero, altos propósitos de altruismo autoeducacional.

J) Amor a lo exótico: la curiosidad es efecto y medio de este extraño amor cons-

tractivo. Es poderoso elemento civilizador al cual se deben los pasos más audaces del hombre.

Si las generaciones se hubiesen encastillado a descubrir e inventar, la promoción de las facultades humanas y los valores de la civilización no existirían. Por consiguiente conviene localizar los buenos y malos efectos de este amor para distinguir en uno o en los otros individuos las capacidades constructivas, indiferentes o destructivas que sintetiza en sus manifestaciones exteriores y sus poderes intrínsecos.

K) Amor a lo común: débese al deseo de la conservación; se extiende a la conservación de los errores, y en este caso sustrae a los seres de la influencia del progreso, tomando a veces rumbos opuestos a todo avance.

Si el amor a lo exótico es agente de todo progreso, éste conserva sus adquisiciones hasta el punto de fosilizarlos en ídolos. Pero, sin embargo, a menudo refrena los impulsos del exotismo exagerado, y es entonces cuando presta uno de sus servicios más interesantes. El amor a las cosas adquiridas es el punto de apoyo de toda inquietud de invención y descubrimiento, de toda inquietud progresiva del espíritu.

En las ocasiones en que el amor a lo común no demuestra con la mayor claridad la certeza de sus objetivos, cuyos fundamentos precisamente descansan en el sentimiento de conservación de algún valor adquirido, el autocrítico metodizará la forma de localizar los excesos conservadores. Y aún más: los mismos elementos de apariencia incontrovertible necesitan una repetida comprobación interior de la realidad de sus valores fundamentales.

L) Amor a las obras ajenas y las obras propias: el deseo de conservarnos trata siempre de imponer una defensa incondicional de nuestros valores; y como éstos no pueden ser obra de la perfección, a menudo nos constituimos en defensores tenaces de graves imperfecciones. El amor exagerado a nosotros mismos es consecuencia a veces de la defensa pertinaz de esas imperfecciones y la consideración exaltada de las virtudes personales; en otros casos se debe a la incapacidad de valorar los fenómenos interiores del espíritu por ignorancia científica, filosófica o estética. De aquí la nece-

sidad de que el autocrítico tenga una cultura enciclopédica.

El amor a las obras ajenas se debe al deseo de conservación personal universalizado, y llega a adquirir los defectos y aspectos plausibles del egoísmo vulgar, a menudo en elevadas proporciones mentales.

Corresponde, pues, al autocrítico operar un hondo análisis con objeto de clasificar el valor gradual de los elementos y actos del tipo excepcional en examen.

M) Amor al conocimiento y a la ignorancia: si los objetivos del conocimiento no están bien precisados por el individuo, el amor a la idea llega a ser desordenado y en alto grado peligroso. La orientación encarrila las energías fuera de posibles peligros que en un momento dado podrían llegar a aniquilarlas por un proceso cualquiera de desintegración que pospusiese el verdadero interés práctico e ideal por ideas o prácticas ilícitas. De esto se concluye: el amor a la sabiduría debe conservar siempre un propósito ampliamente analizado y cuidarse con especial interés de la inconsciencia de los menores detalles que intenten conducir hasta ese propósito.

El autocrítico en conocimiento de este principio estará en condiciones de apreciar cuándo la conducta de un hombre cualquiera corresponde a las exigencias de una o varias orientaciones precisa o confusamente determinadas; y sabrá sustraerse a las influencias de los malos fenómenos que se refieren a esta materia.

El amor a la ignorancia se deriva de muchas fuentes: desconocimiento de placeres mentales y las ventajas prácticas de esos placeres; pereza orgánica e intelectual; incapacidad para comprender los propósitos generales de los ejercicios de la inteligencia; estado innato de reposo y ausencia de motivos capaces de despertar inquietudes vigorosas; enfermedades; escepticismo regresivo; círculos viciosos en la vida práctica y la vida espiritual que obligan a permanecer al tipo en determinados lugares de acción; contribución de regresiones de parte del medio; del lugar en que se vive, la ciudad, el país, el continente, la época, además de los elementos raciales y los accidentes que corresponden a las generaciones, etc. Y como la ignorancia existe en todos los hombres, cualquiera persona a quien dedique-

mos la atención nos ofrecerá el motivo de muchos de sus defectos en la ignorancia que a ellos corresponda: es preciso, pues, que inquiramos, en la ausencia de conocimientos orgánicos o mentales, la causa inevitable de los desaciertos.

Los conocimientos orgánicos se distinguen de los otros porque constituyen la fuerza dinámica de la vida práctica ordinaria de los hombres. Es posible la existencia de un conocimiento teórico a la par de la más ruda incapacidad para practicarlo en la vida común; este es un caso vulgarísimo. En cambio el conocimiento orgánico, cuyo origen suele ser ciencia acumulada a expensas del tiempo, a menudo opera aislado, sin la comprensión teórica correspondiente. El ideal consiste en unir el conocimiento orgánico con la mayor explicación teórica posible. Conocido esto se facilita el análisis de los fenómenos en cuanto están relacionados con todo género de ignorancias: a este propósito conviene la distinción que precede de las dos formas de ignorancia más notables.

Terminamos aquí el examen sinóptico de los otros motivos que impiden la libre ma-

nifestación de los testimonios externos y entramos, acto seguido, en

*Los motivos internos que impiden la libre manifestación de los testimonios.*

No se podría llegar a determinar qué es anterior en los puntos de partida originarios del tipo: si los elementos externos o los interiores. Pero, sin embargo, es más razonable que nos inclinemos a atribuir el origen capital de lo infinito, esto es, de lo interno, a lo infinito exterior, porque es más general aunque esa generalidad sin límites incluye toda interioridad posible. Por lo tanto atribuiremos los orígenes del yo a la eterna infinitud del universo y relacionaremos todos sus fenómenos con las verdades conocidas de su origen complejo.

En consecuencia, no difieren en ningún sentido la naturaleza y el hombre; éste es un efecto de las leyes naturales que lo engendran todo de modo esencial; la apariencia vacía de la forma y el error no existe, todo es esencia absoluta, y lo noumenal y lo fenomenal no son más que aspectos de la esencia cósmica e inexplicable que cons-

tituye las cosas desde sus puntos particulares a sus relaciones infinitas.

Y para comprobar las relaciones que la naturaleza exterior tiene con la naturaleza del yo es suficiente reconocer que el medio dirige las manifestaciones y conformación de las facultades más elevadas del hombre. Semejante aspecto de la materia, comprobado debidamente con el recurso de la experiencia vulgar, nos da una sólida orientación para reconocer las leyes que dirigen los actos más sutiles de la inteligencia.

*Cómo se comprueba que el yo es prolongación de la naturaleza exterior.*

Primer argumento: el aspecto de la verdad general más conocido es la vida orgánica del hombre; y, como a la cesación de la existencia del cuerpo corresponde un período mucho más complejo de esa existencia, y la existencia no comprobada aún de manera clara, del espíritu, principalmente, la relación que existe entre las verdades elementales de la naturaleza exterior y la de la inteligencia son más reales, para nosotros, que las posteriores relaciones del

alma desprendidas del cuerpo. Por consiguiente, no hay nada más cierto para nosotros que no existe solución de continuidad entre la mente y el orden físico de los fenómenos, y la ciencia debe partir de esta continuidad para objetar o aceptar las afirmaciones que conciernen a la existencia de ultratumba de todo fenómeno.

Lo anterior se puede resumir en las siguientes palabras: si consta que al cuerpo vivo no le falta jamás la inteligencia, sea rudimentarísima o no rudimentaria, y que la muerte es precisamente la negación de toda facultad de vida que entraña por completo diversidad de grados de comprensión, y, además, que a ningún cuerpo muerto se le ha encontrado la inteligencia característica del vivo por más que entre la muerte y la vida no puede existir la solución de continuidad, nos ha de constar en primer término que la vida orgánica y la vida psíquica tienen su punto estrecho de unión y, por lo tanto, leyes comunes que las ata a funciones y propósitos comunes.

Segundo argumento: el anterior es de orden vulgar y no se escapará a cualquiera interesado; este es para mentalidades más

exigentes, capaces de comprender la metafísica. Donde existe relación, por más abstracta que sea, hay comunidad de naturaleza y por consecuencia de funciones, propósitos y orígenes. Y la primera relación que media entre el espíritu y los órganos es la existencia del uno y los otros: luego, si los dos existen tienen un mismo origen, semejantes funciones, propósitos y finalidades. Y las mismas leyes dirigen sus actos.

*Comunidad de leyes entre la mente y la materia orgánica e inorgánica.*

La mente es un finísimo laboratorio donde se combinan, mezclan y desintegran constantemente las ideas. Pero estos fenómenos de química espiritual difieren de los de la química ordinaria en una gradual proporción de alejamiento que dificulta hasta cierto punto aplicar de una misma manera las leyes de lo exterior a los fenómenos del interior del yo.

Por consiguiente, es preciso precaverse con el objeto de no confundir la manera de actuar de una misma ley en la materia orgánica o bruta y sus manifestaciones in-

teligentes por las cuales se prolonga hasta el espíritu.

Y al hablar de la química del espíritu identifico en ella todas las ciencias posibles de la materia en sus diversos estados y funciones: por ejemplo, la física, que no es sino una forma de la química; o ésta de la física, porque los movimientos no se pueden simplificar hasta quedar aislados, ni las acciones y reacciones de la química dejan de ser movimiento en toda la magnitud e intensidad que abarquen: lo mismo se puede tratar de las acciones y reacciones del movimiento en un sentido superior que de las leyes físicas que determinan los fenómenos químicos. Esto ya ha sido aceptado por algunos hombres de ciencia que no han estado satisfechos con los simples casos particulares y han pretendido explicarse con la filosofía en lo que no ha podido explicar la ciencia.

*Fuerzas centripetas y fuerzas centrifugas espirituales.*

La tendencia de la materia ordinaria a fluir hacia el interior de la tierra también se manifiesta en la materia psicológica. Pero

como en esta es más sutil, y es, a la par, constante, determinar en el grado y la forma en que influyen en las ideas universales del hombre y las típicas de cada individuo, es tarea harto compleja que nadie ha emprendido, y ni sospechado siquiera.

Por otra parte, toda materia al evolucionar tiende a manifestarse hacia arriba, sustrayéndose en proporción a sus fuerzas vitales, de la atracción central de la tierra, y constituyendo núcleos más o menos intensos y resistentes; resistentes según su plasticidad y sutileza, porque, por ejemplo, los minerales son más duros que los organismos, y, sin embargo, ocupan un lugar menos elevado que ellos en la escala de las diversas evoluciones: por lo tanto, la dureza es sólo un aspecto de la evolución.

La posición de la cabeza indica la tendencia a elevarse, con respecto a la tierra, que tienen las formas más nobles: en todos los animales se observa y los que tienen la cabeza a nivel del tronco tienden a erguirla.

Pero las fuerzas centrífugas de la tierra neutralizan las influencias de las fuerzas centrípetas, sosteniendo a los cuerpos, por decirlo así, en su carrera hacia el interior

y distribuyendo la materia en una forma armónica.

Lo que ocurre con el inmenso núcleo de la tierra, también rige toda clase superior o inferior de núcleos; los cuerpos que se individualizan en la superficie de la tierra toman sus caracteres precisamente por un proceso de concentración—asimilación—que para formarse necesita del movimiento opuesto—disimilación—, con el objeto de sustituir la materia usada, o rudimentaria, a veces, por la nueva materia que centralizan las fuerzas centrípetas: de aquí la clara similitud que hay entre la evolución del espíritu y la ruda evolución de la tierra.

¿Y así, no resulta, pues, fundamental la función que desempeñan los impulsos centralizadores y descentralizadores de las ideas y los sentimientos? Y, por otra parte, ¿no estamos facultados para aprovechar la analogía que existe entre la evolución y disolución de las ideas y sentimientos y los mismos fenómenos operados en la materia bruta?

Hemos afirmado la existencia de estos fenómenos en la mente sin preocuparnos de una exposición de razones, por lo mismo

que aquéllos están al alcance de todos, cosa evidente si se observa que las mismas palabras que se emplean con objeto de significar que existen esos fenómenos en la tierra se han empleado siempre para indicar la similitud existente entre las funciones que desempeñan en la materia bruta y las que operan en el espíritu: por ejemplo, suele hablarse de la evolución de la tierra y la evolución del alma; por consiguiente, es preciso que haya una similitud muy notable entre cuerpos que persiguen una misma finalidad, desempeñan semejantes funciones para obtenerla y se relacionan, tan estrechamente como el alma y el cuerpo, puesto que la evolución conserva unas mismas leyes en todas partes. Cosa análoga ocurre con las siguientes palabras: la palabra existencia, que es común a todo; la palabra movimiento, común a todas las cosas que evolucionan; la palabra núcleo; y concentración, consistencia, conservación, desgaste, cantidad, calidad, género, especie, orden, reunión, revolución, analogía, identidad, regresión, etc., etc. Las mismas palabras no se deben emplear para denominar cosas que, por lo menos, no sean siquiera

afines; la metáfora no puede existir sin la analogía, sin la comunión, aunque sea lejana, de las cosas que se comparan.

*Cuando las fuerzas centripetas y centrifugas del espíritu se oponen a la evolución.*

La mayor o menor concentración de las ideas procedente de la afluencia centripeta de la comprensión consiste en la conciencia del mayor o menor número de aspectos que se consideran en una corta extensión del espíritu. Y la dilución, resultado de la rotación centrifuga de las fuerzas ideales, proviene de considerar el menor número posible de aspectos en la mayor extensión posible. Los dos fenómenos, el de concentración y el de dilución, también se operan en lo correspondiente al sentimiento.

Cuando se atiende con demasiada preocupación un orden de aspectos en una extensión reducida, en lugar de obtenerse las ventajas de la concentración se descuidan las relaciones de ese orden con el mundo limítrofe y exaltan sus cualidades en la proporción en que se descuidan esas relaciones. Después, salidos del ejercicio, queda-

mos con las impresiones recibidas y sus consecuencias desviadas; la semilla germina y, con el tiempo, el follaje de la planta puede llegar a ocupar un vasto lugar en el huerto interior. La evolución del error sustituye entonces al desarrollo de la realidad.

Otro efecto peligroso de la concentración consiste en la observación y la práctica detenida del mal. El mal concentrado produce la inconsciencia del bien y tiende a rechazar todo análisis provechoso y aun a las mismas reacciones deliberadas que puedan llegar a intentarse. Las huellas del mal tienden a profundizar en el suelo y el bien tiene alas.

Pero siempre es relativamente fácil darse cuenta aproximada de las dos clases de peligro en referencia, porque aparecen como evidentes deformidades de un cuerpo inarmónico al cual le ha crecido con exceso algún órgano. Las ideas o sentimientos, explicados o sentidos sin violencia, son evidente resultado de una peligrosa concentración espiritual u orgánica. Y cuando la deformidad es el distintivo común de un espíritu, es producto de un trabajo inmenso de accidentes poderosos en extremo, o de

generaciones enteras, que le será fácil distinguir en su carácter inmoral o antiestético, al autocrítico, por la comparación de sus defectos con el equilibrio moral y estético de las otras personas. Y como esta comparación está al alcance, siempre será relativamente fácil, como está dicho, reconocer el peligro, en este caso mucho más general y peligroso que en los otros casos mencionados.

Es preciso, además, tener en cuenta que todo hecho o estado sobresaliente es consecuencia de un esfuerzo también sobresaliente de la concentración de las fuerzas; y se debe determinar la causa de las cosas que se analizan. Por lo tanto es preciso que el autocrítico intente encontrar las causas de sus deformidades para los consiguientes efectos de la rectificación total.

También viene a propósito señalar otros recursos de autoeducación, en esta materia. Por ejemplo, la conveniencia que hay de desviar la atención de todo cuanto atraiga las malas influencias, empeñándola poderosamente en ejercicios ilícitos y alegres, que proporcionen delicias violentas y sostenidas; de tratar de analizarlas y avivar

con la mayor fuerza posible la conciencia de la responsabilidad no sólo de los efectos, sino también de las causas. Evitar malos medios, procurar los mejores, y, en defecto de esto, adoptar actitudes agresivas contra el medio hostil y sacarle el mayor partido posible a sus energías. Sustituir al sentimentalismo por el análisis hasta donde alcancen nuestras fuerzas y seleccionar de entre los sentimientos que no podemos o debemos evadir, los más opuestos al vicio que se desea atacar. Reducir los malos sentimientos y las malas ideas imprescindibles, etc., etc. Según sea el vicio, así será la medicina que deba emplearse. No hemos hecho mas que indicar las drogas más importantes que constituyen los recursos medicinales del espíritu.

En cambio, los peligros inherentes a los movimientos centrífugos del alma no son de exceso, son de defecto, por lo general.

(Ya hemos dicho que tanto las fuerzas centrípetas como las centrífugas tienden a equilibrar las energías espirituales y las conservan, pero la relación varía según la circunstancia de asimilación o disimilación tanto del cuerpo como de la mente; y si

esto no sucediese así el reposo absoluto sustituiría a la evolución. De ello se desprende: es necesario darse cuenta del estado en que se encuentran las energías centrípetas y las centrífugas en los diversos estados interiores del espíritu para encarrilar sus fenómenos.)

Por otra parte, al movimiento centrípeto corresponden fenómenos análogos a los fenómenos de los movimientos centrífugos, pero divergentes. Por consecuencia el conocimiento de los unos puede encarrilarnos a conocer los otros si invertimos los términos. Los peligros de concentración en la dilución son precisamente sus virtudes; y viceversa. Y como se ha manifestado, unos son de exceso y otros de defecto.

Cuando se observa con la menor atención posible un sentimiento o una idea—sentimiento o idea que pueden referirse a los objetos exteriores—el espíritu descentraliza sus energías y las divide o debilita: esto es efecto de una función centrífuga de las capacidades de observación. Si se trata de malas ideas o sentimientos, esa descentralización obstaculiza el progreso del mal y lo mantiene en un estado relativo de in-

consciencia que supone menor responsabilidad; y si en lugar de debilitar la energía de esas ideas o sentimientos, las divide, los fragmentos tenderán a desaparecer. Además, la dilución es el recurso más eficaz para combatir toda peligrosa centralización de las funciones y rompe los círculos viciosos que suele formar esta centralización regresiva, de la misma manera que la centralización obstaculiza el curso de los círculos viciosos de toda energía descentralizadora.

El inconveniente mayor de la dilución consiste en que produce la ligereza del espíritu para observar con detenimiento fenómenos que interesan a la higiénica y distinguida conservación de energías orgánicas y mentales: consiste en una negación del esfuerzo que detiene al espíritu en sus ejercicios más provechosos, lo predispone a influencias perjudiciales y, con el tiempo, lo convierte en un elemento social que influye negativamente al medio en que se conserva, el cual ha permitido su estabilidad.

El medio de reconocer la presencia de la descentralización de las energías mentales y orgánicas es opuesto al medio señalado

de hacer el reconocimiento de los defectos de la centralización de las mismas: esta última produce órganos y funciones excesivos; la descentralización, ausencia de órganos y funciones o el simple debilitamiento de ambas cosas. Así como el exceso produce deformidades en el sentido positivo del desarrollo, el defecto provoca la ausencia o la debilidad, parciales o totales. Por consiguiente, en la misma forma en que se reconocen los peligros de la centralización—desarrollo inarmónico y exagerado de facultades, órganos y funciones—, se reconocen los defectos de la dilución por la debilidad o la ausencia de órganos, funciones y facultades de todo género.

Por consiguiente, es necesario que se localicen debidamente los diversos estados de las fuerzas centrífugas y centrípetas del alma, por medio de un método científico que pueda considerar la mayor parte de los elementos que influyen en su desenvolvimiento o en sus múltiples regresiones. Determinar para este objeto el caso particular en todas sus posibles circunstancias, será el punto de partida en el cual empezará la experiencia, y, de ahí, la clasifica-

ción, el análisis y la síntesis ordenarán sus diferencias y las múltiples analogías que armonizan el todo.

Así se podrá alentar en uno la verdad, dinamizar la mente y oponerse al mal de un modo sistemático y científico; y, si es el caso, filosófico o artístico. El autocrítico, en tal forma, no se dejará sorprender de las opiniones exteriores por más autorizadas que aparezcan, ni de sus propias opiniones; y en cambio podrá juzgar la certeza y sinceridad de todo juicio, después de ese examen riguroso y metódico. Y nada será aceptado sin este riguroso proceso de valoración interior.

#### *Miedo y temeridad.*

La debilidad mental o corporal produce el miedo, y, en casos excepcionales, lo producen también la exuberancia y el mismo instinto de conservación. Cuando es efecto de la debilidad acrece en la fantasía multitud de imágenes que poco a poco lo van excitando y perfeccionando hasta llegar a provocar otras enfermedades gravísimas, serios trastornos de la digestión y la circu-

lación de la sangre, etc. Y, en lo que toca a la mente, la obsesión, y la misma locura, negación de toda crítica. A esta circunstancia se debe el hecho de que debamos evitar todo género de debilidad; y debamos, también, considerar el estado de salud en que se encuentren las personas cuyos juicios pretendemos relacionar con nosotros, sin equivocaciones. Porque, ¿sabemos qué cantidad de miedo de cualquiera índole ha obligado al amigo, persona sensata, a ocultarnos sus verdaderos juicios sobre nuestras obras, las suyas y las ajenas? ¿Sabemos qué circunstancias patológicas nos impiden trabajar en tal o cual sentido o evitar tal o cual trabajo? ¿Podríamos afirmar si el espiritualismo ha sido aceptado por nosotros o cualquiera individuo que nos interese, por una simple circunstancia patológica? Sin el examen metódico de todas las posibles circunstancias científicas, artísticas y filosóficas del caso, no estaremos en condición de educarnos a nosotros mismos, y de ser útiles al medio, sujetos motrices.

Ahora conviene indicar cuántas clases de debilidad existen y la manera de precaverlos de sus consecuencias.

Son infinitas sus causas, y, por lo mismo, infinitos sus efectos. Se dividen en dos sentidos: el orgánico y el espiritual.

En el orden orgánico puede existir parcial o totalmente en una, en varias o en todas las regiones afectadas, trastornarán las funciones mentales en la proporción del lugar e importancia que les corresponda en el conjunto orgánico.

En el espiritual, de manera semejante, se manifiesta parcial o totalmente en una, en varias o en todas las facultades. Y cuando la afección es muy grande se puede apreciar fácilmente; pero cuando se trata de una debilidad cuyas manifestaciones no es posible apreciar a primera vista—y esto ocurre casi en todas las personas y en todas las épocas—es preciso hacer un examen detenido para estar en aptitud de distinguir las y atribuirles la debida responsabilidad.

La manera de hacer obra de prevención contra estas dificultades acaso ineludibles en todos los hombres es localizando la atención sobre el punto débil y pensar o

actuar contra el elemento o los elementos que pueden llegar a impulsarlos; y atraer los elementos en cuya presencia tiendan a desaparecer.

Debe observarse que en los casos de debilidad en la salud es producida por los siguientes motivos; falta de ejercicio; apariencias peligrosas del medio que provocan a menudo exageradas actitudes de precaución; mala índole natural, etc.

La temeridad: comprende los siguientes estados mentales: falta de imaginación del peligro y sus consecuencias dolorosas, consciente o inconsciente; incomprensión del hecho; sentimientos exaltados de temor, defensa o ataque; excesivo amor propio, orgullo, vanidad, fe excesiva en las propias fuerzas, ambición, aspiraciones violentas e inarmónicas; desesperación, y locura, finalmente; y multitud de otros estados de segundo orden.

Si se observa cada uno de estos casos se comprende que tienen de común la inarmonía de los pensamientos y los sentimientos, en virtud de falsas apreciaciones del verdadero interés que debe guiar, con la mayor serenidad, los actos más complejos.

Todos los fenómenos indicados ocurren a cada instante en los individuos más serenos y capaces de sentir y pensar, si se toma en consideración que tienen diferentísimos grados de intensidad perceptibles los unos a simple vista y los otros con todo rigor analítico.

¿Cómo podrá el autocrítico determinar entonces efectos de causas tan delicadas en los otros si en él mismo no juzga casi siempre, por incapacidad natural, las circunstancias que le mueven a obrar? En el estado actual de la ciencia, el arte y la filosofía, esta pregunta queda pospuesta para mejores épocas, lo cual no impide que se intente resolverla por el crítico esforzado.

#### *Efectos de perspectiva.*

Hay dos clases de perspectiva que corresponden la una al tiempo y la otra al espacio. Perspectiva en el tiempo: reside en la memoria. Los acontecimientos más viejos ocultan sus relaciones superiores mientras más cercanos están del presente. Por lo tanto conviene tratar de reconstruir el detalle de los recuerdos viejos y abarcar los conjuntos de los acontecimientos cercanos

o presentes, en particular si se trata de estos últimos. En ambos planos de perspectiva hay, pues, dificultades y ventajas muy semejantes, pero invertidas, cuyos resultados son muy análogos, mas no idénticos.

Perspectiva en el espacio: se opera en los espacios espirituales y se juzga por la mayor o menor distancia en que ocurren los fenómenos mentales con relación al núcleo de facultades que juzga en un momento dado cualquiera aspecto. Porque no existe un punto determinado con respecto al cual la conciencia, que es múltiple, gire en sí misma; esto implicaría la cesación inmediata de las relaciones de ideas y sentimientos, sin las cuales la conciencia no es sino una abstracción sin sentido. Y la misma evolución de las ideas por las cuales la autoeducación viene siendo posible, es relación de estados diversos en una extensión exterior que varía con los sentimientos y las ideas en que se operan los movimientos progresivos y regresivos.

Por consiguiente, los planos de la perspectiva varían según la preocupación del momento. De tal modo que el autocrítico puede variar a su gusto los planos de pers-

pectiva de una misma idea o sentimiento hasta llegar a determinar el lugar más conveniente con relación a la realidad científica, artística y filosófica, como el pintor que distribuye convenientemente los colores, o el escultor los contornos en conformidad con el objeto que se propone realizar artísticamente. Pero hay una gran diferencia entre la distribución que opera el espíritu de sus afectos o ideas, y la del escultor y el pintor, porque el primero ordena movimientos, y, estos últimos, cosas más permanentes, como son las pinturas y el mármol. Ordenar movimientos, encauzarlos, equivale a pretender actualizar, en su inestabilidad, a la vida interior, que fluye perennemente en los más contrarios sentidos.

En los otros aspectos las mismas leyes de la perspectiva en el tiempo determinan los fenómenos de la perspectiva en el espacio.

*Relaciones de la perspectiva  
entre el espacio y el tiempo.*

El espacio y el tiempo constituyen las dos dimensiones más características que conoce el hombre. Y se relacionan como

dos planos convergentes en que se complementan las relaciones subordinadas a ellos en la conciencia, desde la cual ésta aprecia los efectos combinados de ambos en diversas relaciones de perspectiva que se refieren a la memoria y a la apercepción actual.

Las equivocaciones de la memoria por lo mismo podrán referirse principalmente al espacio con el cual el tiempo se relacionó para producir el fenómeno. Y entonces la descripción tomará un papel capitalísimo en el recuerdo. Mas si se refiere principalmente al tiempo, la memoria describirá el medio y sus movimientos para apreciar la duración relativa de los sucesos. Ambas cosas, el recuerdo del espacio y el recuerdo del tiempo, a medida que se alejan del momento presente que apereció la extensión de las ideas y los afectos y la duración que les ha correspondido, van ocultando el enlace relativo de la duración y la extensión de cada conjunto y cada detalle hasta llegar a desaparecer la originaria realidad en que sucedieron.

Pero mientras más cercano se halle, la conciencia va perdiendo la noción de la generalidad de los conjuntos y se distrae por

lo regular con la observación o contemplación de los detalles, de los dos planos convergentes del fenómeno. Es entonces cuando a las dificultades que aparecen en toda observación de las convergencias se unen las dificultades de perspectiva que ocultan en el primer plano las generalidades, así como en los recuerdos lejanos estas últimas ocultan los detalles y presentan el conjunto.

Por consiguiente, es necesario que el autocrítico determine el doble efecto que producen en el espíritu y sus funciones racionales e ideales la convergencia del tiempo y el espacio, y los planos de perspectiva en los cuales se considera esta convergencia.

*Egolatría y depreciación de uno mismo.*

Lo que más interesa a la conservación ordinaria de la vida es el detalle, la asimilación orgánica y espiritual de lo particular. Por este motivo la perspectiva ofrece con particularidad, a medida que las cosas van acercándose a uno, los detalles, y dificultan más la asimilación de los conjuntos. En-

tonces el detalle toma mayor consideración y puede exaltarse hasta llegar a proporciones inmensas. La egolatría no es más que la exaltación en la inteligencia de los méritos que posee el paciente y que asume proporciones enormes. Por esto mismo el ególatra compara los grandes méritos de los demás con sus pequeños méritos sin apreciar diferencias. Y todos estamos acostumbrados a exaltar nuestras propias cosas, bienes y males, conjuntos y detalles, como si tuviésemos para observarlas en los ojos del espíritu una lente.

La depreciación de uno mismo no se alcanza sino después de vencer los efectos del primer plano de la perspectiva y colocarlos a distancia en comparación con los hombres y las cosas, de tal manera que se lleguen a observar con mayor detenimiento los detalles del exterior, y, a veces, hasta exaltarlos en perjuicio de todo, como en el caso de la megalomanía. Naturalmente que esto provoca una reversión, aunque ficticia en el fondo, de los valores, y se opera en el espíritu el fenómeno opuesto a la megalomanía: la reducción ilusoria de los propios valores físicos y mentales.

Es natural que las cosas se deben apreciar en su justo valor, aunque ocupen cualquier posición en el yo o en el mundo exterior. Ni la exaltación de los propios valores y reducción de los otros podrán sostener la armonía de las leyes naturales. Por lo tanto, es preciso conocer rigurosamente los efectos de la perspectiva para combatir los excesos a que está propenso el espíritu en esta materia.

*Egoísmo: defensa sistemática de los valores internos.*

El individuo puede tener un juicio muy aproximado de sus valores y, sin embargo, intentar ante los demás una defensa incondicional de los mismos que falsea su virtud. Esta es función propia del egoísmo. Concluye, como es natural, a menudo, por perder la verdadera apreciación de sus actos, puesto que se niega a ejercitar sus capacidades críticas; y con esta pérdida, toda posibilidad de orientación. La falsa defensa toma un carácter sistemático e influye al medio con una actividad encarrilada; y si el tipo es de un temperamento dominante, cada impulso egoísta se insinúa con un vi-

gor que el mayor número de personas no resiste: entonces la influencia es decisiva.

*Amor excesivo. Éxtasis. Ilusiones. La Fe. La Esperanza exaltada.*

El amor consiste en una necesidad de cohesión que no se ha cumplido, y tiende, una vez satisfecha, a mantenerse en una activa armonía. Cuando la necesidad se considera mayor de lo que es en sí, el esfuerzo para adquirir el objetivo aumenta, y entonces se pierde la conciencia intuitiva del propósito, con ésta el equilibrio del esfuerzo y, por ambas cosas, la ecuanimidad del autocrítico para juzgarse en cuanto se relacione a la materia del objetivo y el esfuerzo en sí empleado para adquirirlo. El fenómeno es muy común porque siempre el amor desea excederse a sí mismo.

El éxtasis proviene de una forma superior del amor. Y el hecho anterior asume en él mayores proporciones. Las equivocaciones son más frecuentes, más intensas, y abarcan gran cantidad de las energías trascendentes del tipo. A consecuencia de esto debe exigirse de sus experiencias un caudal vigoroso

de comprobaciones de todo género: científicas, artísticas y filosóficas.

Las ilusiones pueden provenir indistintamente de excesos o defectos. En los casos excepcionales en que se ama y no se cree en la existencia del hecho, la ilusión de la indiferencia sustituye a la pasión misma. En cuanto a las otras cosas, la ilusión tiene a veces consecuencias más graves: ilusión de grandeza, gloria, persecución; de ausencia de capacidades; ilusiones de odio; etc.

La fe es el predominio de los sentimientos fuertes sobre los débiles, y de cualquiera de ellos sobre las ideas, que no son otra cosa que pasiones elementales. Y los sentimientos se distinguen por la fuerza práctica y egoísta mayor que los constituye y pone a obrar en la carne y el espíritu. Por lo tanto conserva y trata de conservar, a despecho de la razón, intereses creados y activos, aunque sea consecuencia de cualquiera ilusión.

La tarea del autocrítico consistirá en determinar hasta qué punto la fuerza irracional de un sentimiento pugna contra sentimientos o ideas más razonables, para dominar con un esfuerzo contrario, que

exceda a la resistencia irracional, las ilusiones consiguientes que implique esa fuerza.

La esperanza exaltada proviene de un sentimiento no razonado de excesivo optimismo, es el entusiasmo que no prevé o no quiere prever los posibles fracasos de un proyecto determinado o difuso; una forma de la fe, que puede no ser ortodoxa. Es muy común en la ignorancia, el temor, la desgracia, en ciertas enfermedades, en la salud cuyas fuerzas no se desenvuelven, y como todo fenómeno interior o exterior, está constituida de infinito número de matices.

*Diversas inclinaciones del espíritu.*

Hay tres formas internas características del espíritu: la afectiva, la reflexiva y la mixta. Oscilan entre infinito número de formas intermedias.

Las inclinaciones afectivas orientan al espíritu hacia la fe, hacia las manifestaciones ilusorias, la exaltación y desequilibrio de las pasiones, y por consecuencia, hacia la parcialidad. Las reflexivas lo equilibran con más frecuencia, pero evitan, por lo

regular, las enseñanzas del sentimiento. Y finalmente, el carácter mixto de las inclinaciones participa de las relaciones recíprocas de los afectos e ideas. Las tres características tienen sus ventajas y desventajas intrínsecas que debe determinar en sí el autodidacto para el efecto de la corrección y desenvolvimiento de la forma que le corresponde en predominio sobre las otras, en cada una de las circunstancias señaladas que determine su espíritu.

En la división que se acostumbra de estas formas no se ha comprendido que son los afectos, las ideas y la relación recíproca de los unos y las otras los elementos de cualquiera individuo; y se ha pretendido explicar todos los fenómenos de un solo tipo desde los puntos de vista de una forma predominante, cuando es común que en un tipo principalmente afectivo, por ejemplo, se operen fenómenos particularmente reflexivos o mixtos. El autocrítico debe saber distinguir el mayor número de las manifestaciones complejas de su espíritu y juzgar cada hecho interior como si fuese una manifestación más ignorada que adquirida *a priori* por el conocimiento.

*Efectos de exaltación, apocamiento y equilibrio de las pasiones.*

Es preciso que el autocrítico tenga un profundo conocimiento de las pasiones humanas para llegar a determinar los errores del tipo afectivo de los fenómenos, el aprovechamiento de sus energías, y en general, de las enseñanzas que puedan adquirir en la observación y experiencia interior del espíritu. Por el momento nos toca hacer hincapié en los tópicos más generales del asunto.

Los efectos de exaltación de las pasiones, como los fenómenos contrarios, hacen perder el equilibrio interior, y, como consecuencia de esto, la serenidad y armonía general del espíritu. La pasión que se exalta repetidas veces tiende a ensancharse y a dominar las otras pasiones, las ideas, y con ambas cosas, los hechos que son consecuencia de los afectos e ideas.

El apocamiento destruye las inquietudes estéticas, las morales y las inquietudes de la vida ordinaria; también afecta directamente la función de las ideas.

Los malos efectos del equilibrio de las

pasiones son la formación de los círculos viciosos, del dogmatismo sentimental, la incapacidad sentimental para intuir realidades superiores al plano de equilibrio conquistado, etc. El genio se hace rompiendo precisamente los círculos de equilibrio y ensanchándolos con circunferencias más amplias.

*Fenómenos de carácter reflexivo.*

No siempre la reflexión debe entrar en todos los campos de la realidad: la verdad sentimental difiere de la verdad reflexiva, por más que no se pueda señalar el límite que las separa. Sin embargo, tienen un procedimiento análogo y orígenes y propósitos análogos e inseparables. A esta analogía se deben multitud de hechos interiores equivocados que el autodidacto está en la obligación de determinar en sí mismo y en las personas con quienes vive y se relaciona.

También los círculos viciosos se forman en las ideas y las funciones que se cree corresponderles. Y los poderes de invención y descubrimiento precisamente suponen una ruptura de prejuicios: el genio

reflexivo es el hombre capaz de hacer grandes rupturas en los círculos viciosos de las ideas y sus vulgares procedimientos, capaz de sustituir por otros los planos de su equilibrio interior.

*Fenómenos de carácter mixto.*

No es suficiente manifestar que los efectos de los fenómenos mixtos son los mismos de las ideas y las pasiones en combinación. La combinación produce un cuerpo diferente, en muchos sentidos, a los elementos que la constituyen. Por ello los efectos de la mixtura interior inducen al espíritu a equivocaciones características que el autocrítico puede llegar a sorprender y a corregir localizándolas en su espíritu o en los casos exteriores.

El tipo sentimental reflexivo, es decir, el tipo mixto de los fenómenos espirituales, es más extenso, aunque no más intenso que cualquiera de los dos anteriores: se prolonga hacia ellos, y suele abarcarlos a ambos como un lazo que uniese a dos cuerpos análogos. Pero, como extiende la atención en un espacio mayor y no puede sentimen-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
 DE CHILE  
 DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y  
 ESTADÍSTICA  
 SANTIAGO, CHILE

talizar o idealizar exclusivamente su naturaleza y sus funciones, pierde en intensidad lo que gana en extensión. Esto es malo para sus virtudes porque no las intensifica; y bueno para sus vicios precisamente por el mismo motivo porque son menos vigorosos y más accesibles a la reforma. Los círculos viciosos de este tipo son frágiles, inestables, de carácter secundario; sus ilusiones son frías y débiles; sus realizaciones, transitorias; diluyen los afectos y las ideas o sentimientos más vigorosos; y, sin embargo, desempeña la alta función civilizadora de relacionar al arte, la ciencia y la filosofía, en un estrecho consorcio de facultades que produce los grandes acontecimientos espirituales del hombre...

*Lógica e intuición. La razón mixta.*

Llámase razón a toda forma de intentar el conocimiento: la lógica, la intuitiva y la mixta. La razón lógica pertenece a la función de las ideas; la intuitiva, a los sentimientos; y la razón mixta pertenece al ejercicio combinado de sentimientos e ideas.

Estos tres elementos complementarios

del raciocinio, del cual depende por entero la crítica, deben ser conocidos por el autodidacto en la naturaleza trascendente y común de sus orígenes, sus medios y sus propósitos: metafísica y empíricamente.

Para este propósito conviene el conocimiento de la historia de la filosofía y la crítica de su desenvolvimiento; después es indispensable el conocimiento de los valores fundamentales de la razón.

En la historia del arte y la ciencia no ha existido un crítico que abarque el círculo indicado de conocimientos. Sin embargo la autocrítica contemporánea exige determinar en él las acciones del hombre: las más pequeñas como las más grandes. Los más leves movimientos del espíritu como las más violentas lucubraciones del espíritu...

ENSAYO SOBRE LA  
ORIGINALIDAD

## ENSAYO SOBRE LA ORIGINALIDAD

*La originalidad es la verdadera fuente de la gloria: jamás el afán vicioso de parecer extraños e incomprensibles.*

Una de las fórmulas más pretenciosas del criticismo actual: *todo está dicho; la originalidad no existe.*

A cualquiera podría parecerle, sin embargo, la manifestación de humildad más completa del mundo. Y lo hemos dicho, es todo lo contrario. ¿Pues no equivale a afirmar que el hombre ha sido capaz de decir cuanto en el infinito es susceptible de determinación idiomática? ¿El hombre, que es un ser minúsculo y efímero ante la infinita grandeza total del Cosmos? ¿No es dignificarlo en extremo?

Hablando numéricamente es fácil demostrar casi todo lo contrario: *poco se ha expresado; y es menos difícil, para un espíritu iniciado en el arranque de la creación personal, ser original que no serlo.*

Aquí la demostración matemática: determinemos lo conocido por el hombre con la letra F, es decir con la inicial de finito; y lo que le falta al espíritu humano por conocer, quiero expresar, lo que está fuera de ese finito ya conocido, con la inicial I, que indica infinito. Lo conocido y, por tanto, no original, es F, y lo desconocido y susceptible de originalidad es I.

La primera fórmula: *todo está conocido*, en consecuencia, es un disparate matemático. F) I. Finito mayor que infinito.



Pero quienes han formulado semejante afirmación dirán que al proponerla no han supuesto, en primer término, como lo exige la demostración anterior, la finitud de los conocimientos adquiridos. Y ello entraña un segundo disparate reductible a las siguientes palabras: *lo conocido por el hombre es infinito.*

¿En qué se queda con tales ideólogos?



El acto de la demostración anterior sintetizado así: *es menos difícil ser original que no serlo, suponiendo que se está en la necesidad del ejercicio espiritual*, entraña una profunda revolución en los dominios del intelecto.

Con la otra fórmula: *todo está dicho; la originalidad no existe*, los intelectuales han encontrado un pretexto inmoral para holgarse en los campos de una insigne pereza. ¿No resulta más cómodo vestir los viejos conocimientos con frases modernas, y adquirir, así, el renombre y la fama?

Pero si se demuestra que es más difícil copiar y plagiar que ser original, la pereza misma los atraerá a la verdadera creación personal; esto es, un acto de inmoralidad los ha cautivado.

Casi nadie, hasta estos precisos momentos, se preocupa de la verdadera y sana originalidad; esta es la época de los grandes plagiarios. Por ello mi fórmula supone una profunda revolución, un gran retorno.



No hablamos de una originalidad rebuscada e insincera; de aquella que demanda esfuerzos de desequilibrio interior por el mero prurito de falsa distinción. Es la originalidad que sorprende sin miedo los sentimientos nuevos y las ideas nuevas, los propios estados del alma. ¡Qué inmensa cantidad de ideas, de sentimientos personalísimos que despreciamos a cada instante porque no tienen la forma o manera de entrar en catálogos oficiales! ¡Y cómo despreciamos nuestra propia alma, olvidando sus más íntimas funciones, que son las que nos caracterizan precisamente entre todos los habitantes del mundo!

Y se trata, no de originalidades mediocres, sino de estados vitales de la inteligencia, capaces de reconstituir ideologías de pueblos enteros, las que llevamos en nosotros mismos, independientemente de escuelas y culturas gastadas a fuerza de prestigios y de años... ¿Quién contemplará un crepúsculo en la medida exacta que exige un orden catalogado de ideas estéticas?



Pero entonces, se preguntará: ¿Qué oficio podrán tener en una entidad tan original la cultura y los mundos explorados por otros? Es sencillo: lo que nos viene de afuera no obrará en nosotros con propósitos de identificación. Es fuerza que al relacionarse con nosotros crea un estado interno novísimo de la psiquis, que es el que los plagiarios de la civilización contemporánea desfiguran por el ideal de nivelación idéntica.

Repito, jóvenes, la novedad nuestra es cosa sorprendente que se revela tan luego como practicamos con cierta audacia emancipadora el vacío en torno de nuestra legítima personalidad interior. Y no importa que lo de afuera trate de imponérsenos con el afán de identificarnos a ajenos estados. No importa, pues su contacto será el pretexto legítimo de una nueva creación: tal es la fecundidad infinita del mundo.



Hemos hablado de estados novísimos de cada espíritu. Es suficiente hacer pocas

experiencias para probar la inmensa novedad que con relación a los libros, por ejemplo, tiene cualquiera estado nuestro.

Póngase el lector en posición horizontal y relaje sus músculos. Trate de ser muy sincero consigo mismo y procure el vacío físico y mental en torno suyo. Procúrelo con fuerza y evite las asociaciones vulgares de ideas y sentimientos, que se distinguen por su mecanicidad monótona. Concéntrase profundamente en el deseo de encontrar algo que no tenga mayor relación con la cultura adquirida, algo que, aunque sea confuso, despierte interés. Y no le tenga miedo a lo nuevo, a lo exótico, a lo muy íntimo...

Sentirá, al cabo de pocos momentos, lo inusitado: la presencia de un mundo novísimo de contemplación que no habría sospechado nunca en el aprendizaje oficial de clásicos y modernos.

Si tuviera el practicante una cámara fotográfica capaz de imprimir el paisaje libre que su interior contempla, podría estar seguro que ninguna fotografía análoga se presentaría idéntica, bajo un examen microscópico, a su paisaje interior.

Y entonces, ¿por qué esta terquedad en manifestar que todo no hace más, en la civilización, que repetir lo antiguo?



La experiencia anterior resulta un tanto aparatosa para el caso presente. No es indispensable acostarse para descubrir la novedad en el alma. Inclinaos sobre una flor y en sus colores y su perfume encontraréis un estado tan nuevo, como jamás lo soñasteis leyendo los mejores versos de los poetas bucólicos... Y sin embargo es un instante de contemplación y de experiencia el que os descubre tan nuevos, tan originales.



Se entiende, por supuesto, que la contemplación interior, fina e inteligente, no es cosa para que todo el mundo esté en disposición de encontrársela, por más que la originalidad es propiedad absoluta de todos los seres.



Hay intelectuales que son originales a pesar suyo, sin que lo sospechen. En tal forma se impone la naturaleza diferencial del Cosmos. Pero han perdido el desco de originalidad que es el signo imperativo del ser. Queda por decir el género de relaciones que hemos de cultivar con el mundo externo, si se persiste en afirmar una originalidad extrema. Ciertó que hay, sobre todas las particularidades, un mundo común que frecuentan todos los individuos. Pero, ¿no salta a la vista que ese mundo común es asimilable de infinitas maneras? Ningún pasajero vuelve a pasar jamás la senda que ha hollado un momento antes. El camino, la tierra firme, es un río que fluye y se transforma de continuo. Y el hombre, río que fluye también, nunca pudo ajustar su pie a la huella que dejó, en transformación perenne.

¿No habría en estas diferencias orgánicas y estas diferencias del medio ambiente, pregunto de nuevo, multitud de sensaciones e ideas inexploradas?



Tampoco es posible afirmar, en analogía con las doctrinas de nuestros grandes plagarios, que el mundo mismo no podrá pasar por nuevas etapas o nuevos estados evolutivos. ¿Habrá quien niegue lo contrario? El mundo imaginado es originalísimo a pesar de atribuírsele la monotonía inalterable de una gran cantidad de leyes, cuya esencia se desconoce, universalmente hablando, por entero.

Las piedras de la calle siempre están listas a darnos una estupenda lección de originalidad...



¿Pues hay algo más monótono, y más variable, a un tiempo, que las nubes? El murmullo de las aguas y los vientos jamás os inspirará las mismas estrofas... De niños los escucháis de un modo, y ya de hombres los escucháis, por más que os parezcan iguales y que os sintáis iguales a vosotros mismos, de un modo distinto, extrañamente distinto... Y persistís siendo o queriendo ser plagarios, con diferentes facultades y diferentes instrumentos, en un medio tor-

nadizo como las aguas, como los vientos, como las nubes...



¿Y qué podríamos decir a los hombres de ciencia? Una sola y virtuosísima palabra: Edison.



Los plagiarios de la filosofía son los verdaderos solistas del plagio, los más responsables. ¿Puede desconocer un filósofo, que sabe o debe de saber hasta qué punto es imposible encontrar la identidad, puede desconocer, repito, que siempre habrá verdades nuevas para los estados nuevos del hombre, para los tiempos nuevos que conquista la historia? Y, sin embargo, en esos precisos momentos no hay un solo Edison de la filosofía en todo el mundo.



¿Adónde viven el Kant o el Nietzsche modernos? ¿Quiénes existen hoy que hayan sido originales tan intensamente?



Así y todo, no comprender, después de un minucioso y atrevido examen, que esta época es de plagiarios, es cosa que se explicará el hombre del porvenir. No inculpe-mos, expliquemos. ¿Que no ha existido razón de llegar a una conclusión semejante de renunciamento de la personalidad? Bien. ¿Y qué se podrá esperar del afán desmesurado de erudición, hijo del cansancio histórico que provocaron tantos nuevos sistemas, tantos descubrimientos, tantas invenciones? Fué tanto lo nuevo y tan brillante, que se hizo necesario el plagio, por un movimiento extraño de sinceridad en la admiración. Fácil es plagiar lo que se ama.



Pero después de hablar de la originalidad en sus relaciones con la época presente, se hace necesario tratar de los remedios para tantos defectos.

Veamos un plan: 1.º, el yo; 2.º, el medio ambiente.

Por yo no debemos entender exclusiva-

mente algo único e invariable: el yo es multiplicidad y basta que los más intransigentes espiritualistas hayan aceptado la evolución de las almas, para que se vean forzados a aceptar, por consecuencia matemática, el cambio de las mismas, esto es, la multiplicidad de las mismas. Donde se acepta el progreso se afirma lo múltiple. Esto no será un secreto para aquellas personas que han trajinado el campo de las especulaciones trascendentales.

Y el medio ambiente mucho menos es único e invariable. Su multiplicidad no exige demostración.



Si el yo es múltiple y susceptible de evolución, en cambio se puede sostener que las fuerzas que acumula en su crecimiento progresivo son elementos sustraídos del medio ambiente. Pero sustraer no es conservar en un mismo estado la cosa sustraída: es assimilarla y darle un sentido nuevo. Y esta novedad caracteriza precisamente la originalidad personal que puede ser poco más o menos consciente, poco o más o menos inconsciente.

Ahora bien: un peligro está en creer que las influencias exteriores son incapaces de traernos el mensaje de un *sentido nuevo*. Precioso mensaje nunca bien ponderado por la admiración humana. ¿Y qué proviene de tal escepticismo, tan rudamente dogmático en la época presente? El renunciamiento de la personalidad íntima; el desprecio a las ideas y sensaciones propias; la cobardía de pensar; el miedo de emprender la conquista espiritual; el terror para las sorpresas interiores y exteriores, que se presentan a cada instante en la vida; la reserva; la falsedad; y, finalmente, el propio desequilibrio de nuestra más íntima y pujante naturaleza, que intenta romper los frenos estultos de la humildad contemporánea.



Y si las flores hablaran y se las preguntase: «¿Qué idea tienen de la belleza?» Contestarían en frases de admiración para sus colores y sus fragancias. ¿Orgullo, vanidad? Se espantarían de que las supusiésemos vanidosas, cuando nadie estaría en aptitud de negar sus propias naturalezas,

que exigen imperativamente la verdad en la fragancia misma de sus corolas, en la armonía misma de sus bellezas efectivas e incontrastables. Y creyéndose como son, ¿no estarían más cerca de sus personalidades? ¿No serían más capaces de la originalidad que aquellos humildes de profesión que niegan lo que creen cobardemente de sí mismos?

La humildad que todo lo da por hecho en el mundo, es la negación más rotunda del espíritu de empresa y de la personalidad humana. Y hace mayores estragos que este otro vicio de la egolatría, creador de fantasmas y molinos de viento.

Hay que lanzar un grito contra esta falsa e imperdonable humildad, semillero fecundo de ciertas mentiras íntimas y universales de la época.

Y ¿no habíamos dicho al principio que la fórmula *todo está expresado; la originalidad no existe*, es de una aparente y abstracta humildad de cuyas virtudes se sirven los grandes plagiarios contemporáneos para holgar el espíritu en la pereza, el hastío y el robo?

## MÉTODO PARA SER ORIGINAL

## METODO PARA SER ORIGINAL.

*En camino*, tal quiere decir la palabra *método*. Y, como no hay ciencia que no esté *en camino*, no existe ciencia que no vaya encarrilada sobre un método. En camino de un propósito, más o menos amplio, más o menos particular, más o menos difuso, más o menos concreto. Pero nunca fuera de camino. ¿Y qué se puede hacer sin un camino? Nada, poco menos que nada, estar en pie buscando con la mirada la senda propia para el primer paso...



Ya he explicado cómo la naturaleza y el hombre son, cada momento que transcurre, un tanto originales, un tanto nuevos, un tanto independientes y un tanto distintos

en sus partes múltiples y, nunca idénticas. Mas, ¿supondrá semejante explicación que esa originalidad rehusa ir *en camino*? No, de ninguna manera. Y es que lo nuevo, *el sentido nuevo* del mundo objetivo y el mundo subjetivo, conserva, dentro de todas las sorpresas que guarde al investigador original, algo preestablecido que es, precisamente, el nexo ideológico y experimental que siempre existirá entre los recursos conocidos y en ejercicio, y el tesoro de esas sorpresas. Así, es propio a nuestros deseos hablar de lo que en ese nexo de funciones y materia necesaria es, de modo casi exclusivo, el *método de la originalidad*.



He aquí los puntos principales de conexión abstracta, y no menos real, que existen entre el mundo conocido y la posible novedad por venir: en primer término, el ser; en segundo lugar, tiempo y espacio; en tercer lugar, lo inteligente y lo inteligible; después, retentividad y conciencia; luego, emotividad e ideación. Esto, como término fijo que puede determinar el hombre con el recurso de sus modernas capacidades y

sus modernos conocimientos. Es seguro que hay un infinito número de conexiones del mismo género, entre *lo conocido* y *lo no conocido*, por más que no estén al preciso alcance de nuestra especulación y experimentación. ¿Y no aparecen, las ya indicadas, como el terreno suficiente sobre el cual debemos de pretender abrir un camino, es decir, un método, tal cual se abre una senda sobre una montaña virgen y excepcionalmente abrupta?



Orientémonos: dentro de esas amplias conexiones hemos de figurar al individuo propuesto a la ardua conquista de la originalidad, en sus principales facultades: como ser reflexivo y como ser emotivo. El primero es terreno mayormente transitado.

Los libros de lógica no son otra cosa que los resúmenes de grandes esfuerzos realizados con el objeto de conocer las leyes de reflexión, fuera de toda emotividad, hasta donde ha sido posible. Y de aquí el hecho de ser más conocedores de esas leyes, tanto más cuanto menos se conocen

las leyes que determinan la función de los sentimientos. ¿No podríamos llegar al conocimiento de lo que en las emociones figura, en analogía con los fenómenos de la lógica, el silogismo, la inducción, la deducción, el análisis y la síntesis? Sí, por cierto. Y es en extremo sorprendente que exista tan inmenso retraso en la materia. Los orientales, los ocultistas, trabajadores afanosos en el campo del sentimiento y de la voluntad, apenas conocen empíricamente las leyes de esta mitad de la psicología simbolizada en el corazón humano.

Es preciso investigar en estas aguas profundas. Intentemos concretar las leyes de una nueva lógica: la lógica del corazón. Campo inexplorado, desconocido, cuyos secretos nos traerán la alegría incomparable de ser eminentemente originales.



Sabedores de que el método para adquirir el dominio de la originalidad ha de trabajar, en cierta forma prevista, dentro de las conexiones del presente con el porvenir, y, a base de *ideas, sentimientos y voliciones,*

entremos, por separado, en el estudio sinóptico de sus tres aspectos.

El conocimiento de la lógica se ha circunscrito a las leyes, exclusivamente, de las ideas. Y apenas se ha pensado, con la búsqueda de las funciones lógicas, en un método *que no admite sino sorpresas que justifiquen los principios establecidos del raciocinio.* Es decir que la lógica, en esta forma, obra como entidad de perfección absoluta y mecánica. Así y todo, naturalmente, el margen de progreso a favor de los lógicos dogmáticos, que son y han sido siempre los más, se reduce a un *mínimum* de ambiente comparable al que le queda para volar a un cóndor detrás de unas rejas de museo provinciano, pero es suficiente para las demandas del progreso diario.

Y esto que la misma evolución diaria es hija en un alto porcentaje, de las causalidades experimentales, de este y de aquel otro impulso del genio, que rompe las rejas y salta, de un impulso de alas, sobre las nubes de las cordilleras, en su alocada ansiedad del vuelo propio y libre.

Después de estudiar los grandes tratados de lógica, queda profunda la impresión, en

mi espíritu de rebeldía, de haber visto las más herméticas y aceradas jaulas de un museo de fieras clásicas y, no es de sobra decirlo, de fantoches clásicos...



Conocidas son las particularidades ordinarias de inducción, deducción, síntesis, análisis, particularización, generalización y cuantos métodos inquisitivos enumeran las lógicas. Pero nunca, que yo sepa, se ha dado la regla o el precepto de tomar sus funciones como inferiores a una posible sorpresa que en algún punto puede llegar a inutilizarlos, o, a apartarlos, simplemente. De aquí sacamos, *para nuestro método de originalidad, un voto de prudencia trascendental: ningún campo del espíritu se dará por agotado e inservible porque la inducción, la deducción, la síntesis, el análisis, la particularización, no den el resultado que se esperaba, conforme a los recursos lógicos conocidos.* Y esta otra regla, consecuencia del tal precepto indicado: *agotados los recursos ordinarios de la lógica—y la psicología—es preciso pensar en una posible*

*reforma de los mismos, que puede consistir en agregar, en sustraer, en flexibilizar, en combinar sus reglas, o en cualquiera otra novedad por el estilo.*

¿Qué sabemos si hace falta, en ocasiones tan apuradas, a la idea un poco de sentimiento, o a la regla, como el aceite para las máquinas? ¿Qué sabemos si es de necesidad palpar nuevas verdades fuera de sentimientos, de voliciones y de ideas? Mi método exige, para el hombre que desea la originalidad, fuente de la verdadera gloria, *desconfiar de la eficacia de todos los instrumentos lógicos y crear la facultad de invención de nuevas reglas lógicas...*

He ahí un punto capital de mi método de originalidad.



No hablemos de las condiciones precisas a la formación de esas nuevas reglas y esos nuevos recursos de investigación general. Cuando se cae en un camino sembrado de dificultades, surge al instante el método necesario a la defensa del cuerpo, hasta el punto de operarse casi verdaderos milagros

de agilidad y destreza. No queremos poner lazos de flores y de sedas asiáticas a la vida libre y sonora de la fontana. Queremos el encanto libérrimo de las aguas.



Y desconfiando de la eficacia de los recursos lógicos, ¿no se proclama que es de absoluta exigencia el conocimiento y la crítica personales de la lógica, antes de vernos en la necesidad de corregirla, aumentarla o flexibilizarla? O en otra forma: ¿no proclamamos que es indispensable una profunda cultura, un profundo esfuerzo, un profundo deseo de civilización personal, de autoeducación, para llegar a naturalizar nuestra propia originalidad en nosotros mismos?



No es justificable mi aún de reforma, sin que yo mismo dé el ejemplo de científica inconformidad, sin que yo demuestre que he realizado algo parecido a lo que exige de los otros. Va un ejemplo: la lógica pretende, la lógica oficialmente estable-

cida, que lo generalizado conserva incólume lo particular. De esto dependen crasos errores. Cuando se generaliza se crea una entidad nueva y se desprecia, en parte, la *realidad* del individuo, su realidad concreta. De aquí una nueva fórmula de idealidad lógica:

*Si la naturaleza, que es la más vasta generalización, conserva los tipos en su más absoluta circunscripción de la esencia que los constituye y sus infinitos accidentes, la lógica, cuando generaliza, debe aspirar a una análoga conservación de los individuos y sus accidentes.* Claro que esto es un ideal que podrá servir en el porvenir para cosas más prácticas, cuyos alcances de novedad desconocemos por ahora. Nada de cuanto sea razonable es inútil o insignificante.

¿Y no se desprende de esa fórmula una nueva desconfianza contra las grandes generalizaciones de la Ciencia, el Arte y la Filosofía, contra este mundo hipotético que ha levantado el hombre con los instrumentos fosilizados del lenguaje y su simbología lógica?

Para sentar un principio en lógica es preciso extraerlo como una consecuencia di-

recta y clara de los hechos. Y sin embargo, el principio fundamental del raciocinio no está justificado racionalmente: el *principio de contradicción*. Parece, a primera vista, esta afirmación un disparate enorme. Pero expliquemos. Es un hecho incontrovertible en lógica que es necesario *ir de lo idéntico a lo idéntico*. «La lógica es un cuerpo idéntico a sí mismo.» ¿Quién lo niega? Aquí prevalece esta filosofía de la identidad, aceptada por todos, al gusto de todos, o contra el gusto de todos. *Luego, afirmo yo, la lógica es una unidad única y pura y simple e indivisible*. De lo contrario habría contradicción. Y lo peor, o lo mejor, no sé decirlo, es que *la hay, la hay efectivamente, y sin embargo, la lógica—es un hecho contra toda lógica, pero es un hecho—sigue subsistiendo para gusto y utilidad del momento histórico que la sostiene, la explica y la explota*.



Ahora apliquemos el principio de identidad, que es un elemento del principio de contradicción, a cualquiera otra entidad

del espíritu y resultarán tantas contradicciones como hechos espirituales existen en el hombre.

¿Qué concluiremos de esto? ¿Que el mundo no sirve porque la lógica *consecuente* lo descalifica o que la lógica es inútil porque el mundo contradice su doctrina humana, finita y, en fin de cuentas, infinitamente pretenciosa?



Argumento contra la fijeza absoluta e invariable del principio de contradicción.

*Dios es el único creador, o mejor dicho, el Universo, para ir al día con los ateos. Y crear, en el sentido hondo de la palabra, es conocer en absoluto el ser creado. ¿Cómo vamos a conocer en absoluto lo que no hemos creado en absoluto? Luego el principio de contradicción que es humano (salvo que sea una revelación, en cuyo caso es exigible que se nos explique cómo y cuándo fué revelado) es una hipótesis humana sin comprobación final, que está al servicio de los hombres tal como si fuera creado y conocido en absoluto por los hom-*

*bres, lo que supone una farsa de proporciones inconmensurables.*

*Y más, todavía: para conocer un solo hecho del Universo la lógica exige el conocimiento total del Universo mismo. ¿Se puede conocer el principio de contradicción?*



He hablado ya, en mi Mensaje anterior, con cierta insistencia, sobre el *temor*, sobre el *terror* que inspira a los espíritus lo nuevo que implica abandono de ideas o sensaciones adquiridas y que se han tomado *siempre* por la verdad fija. Ahora, a propósito de mi crítica anterior acerca de la generalización y el principio de contradicción, quiero insistir más sobre este tópico, cuyo conocimiento es fundamento necesario a mi metodología de la originalidad. Entremos al asunto.

1.º *Las ideas y los sentimientos naturalizados en nuestro espíritu tienden a conservarse por sí mismos y niegan las ideas y sentimientos contrarios, así sean más razonables.*

2.º *Todas las ideas y todos los sentimientos constituyen en nuestro interior un conjunto más o menos armonioso y estable, cuya ruptura implica un gasto de energías y un cambio de costumbres subjetivas.*

3.º *Todo cambio interior es doloroso y equivale a una renunciación del yo.*

Bien. Así se comprende cómo temblamos ante la necesidad de elegir entre una idea o sentimiento personales y una idea o sentimiento ajenos a nuestro espíritu. Y se pueden formular las siguientes conclusiones:

a) *En circunstancias iguales siempre se prefiere lo personal, en menoscabo de lo nuevo que no ha tenido tiempo de personalizarse.*

b) *En circunstancias desiguales y contrarias se prefiere lo personal, con el objeto de no operar una ruptura del yo armonioso anterior.*

En la actitud señalada en la primera de estas dos conclusiones hay verdadera razón electiva. En la actitud de la segunda manifiéstase el verdadero egoísmo electivo.

En conocimiento preciso de este capítulo el autodidacto emprenderá un trabajo pro-

fundo por hacer la costumbre subjetiva de preferir la ruptura del yo armonioso existente, en los momentos en que la novedad es superior a nuestros círculos viciosos interiores. Para esta empresa, nada sencilla, es necesaria la verdadera audacia del hombre original y su energía peculiar, para imponer al medio lo que se ha impuesto a sí mismo sin menoscabo de su equilibrio propio. Porque es necesario repetir que no queremos constituir con nuestro método la pseudo-originalidad, que para en los gabinetes del alienista. No queremos locos, queremos hombres nuevos y sinceros, fuertes y equilibrados.



Existe en el hombre original una tragedia perpetua a base de heroicidad, principalmente cuando se dan los primeros pasos. La tragedia del renunciamiento de lo adquirido y la heroicidad de sustituirlo por lo nuevo y de provocar nuevos y justos renunciamientos.



Abandonemos por ahora, jóvenes, cuanto se refiere a la lógica, primer punto del programa a tratar. Cinco o seis reglas son suficientes para iniciar en este campo la creación del método de originalidad lógico. Entremos al sentimiento y, acto seguido, a los fenómenos volitivos.

También la época contemporánea tiene, a pesar de que no existe un tratado de las leyes sentimentales, como lo existe para las ideas—la lógica—un cierto número de cánones despóticos, que los promulgan las escuelas literarias. Exigen, por ejemplo, cierta clase de aposturas que provocan cierto género de sentimientos. El misticismo obliga a la humildad religiosa y a la contemplación crepuscular de los atardeceres, principalmente. No sale de los campanarios, no sale de los púlpitos, no sale de la sociedad de monjas y sacerdotes, no sale del purgatorio y de los penitentes... No resulta difícil, en verdad, siendo poeta, ser un poeta místico, a puro capricho, fuera de todo movimiento de sinceridad interna y profunda.



¿Cómo resolverse, pues, a tomar el propio camino sentimental en el mundo? Pocos de los escritores se han hecho esta pregunta, porque creen que el sentimiento no tiene silogismos, no tiene análisis, no tiene síntesis, no tiene reglas propias, y muy propias, como las tiene en verdad.

Y es este el momento de hablar, de paso, sobre el *espontanismo* en la producción. Para esta escuela de vagabundos literarios, la inspiración ha de llegar sin que se la llame, así porque sí. Bien que nuestros atractivos naturales podrán llamar la atención de las musas. Mas es preciso enamorarlas y trabajarlas como se trabaja una baratija de porcelana, con la paciencia bíblica de Job, por momentos... Pero basta de paréntesis.

¿Qué clase de reglas nos darán los espíritus reflexivos y sentimentales, para la autoeducación del *yo sentimental*? ¿Para llegar a conocer esos silogismos tan extraños del sentimiento, de que ya hemos hablado? Antes de contestar esta pregunta, hemos de tratar de una cuestión grave. Si de la lógica se habla con la misma lógica, ¿habremos de emplear tan sólo el senti-

miento para analizar y conocer el sentimiento? De la contestación a este nuevo problema dependerá nuestra conducta presente.



En realidad es natural que esta especie de raciocinio sentimental tenga su conexión y su reflejo directo en el mundo de las ideas y sus leyes investigadoras. También es natural la sentimentalización de las razones ideológicas. Así, pues, se puede hablar o discurrir, en una forma superior a la estrechez arcaica de las lógicas, del sentimiento con las ideas y de las ideas con los sentimientos. Y hay aspectos que sólo así han de tratarse en ambos campos: los que se refieren a los fenómenos mixtos en que entran el mundo sentimental y el mundo ideal, simultáneamente. Claro está que esta obra es exposición ideológica que debemos terminar, sin salirnos, en lo posible, de las ideologías.



Seamos concisos. Demos, en síntesis,

acerca de este problema de la metodología de la originalidad sentimental, unas pocas reglas.

1.º Reconocimiento del estado sentimental presente. Examen de nuestra mayor o menor sinceridad electiva, en relación con las escuelas asimiladas. Revisión de nuestra herencia sentimental (familia, nacionalidad y raza).

2.º Desplazamiento interior de toda escuela sentimental adquirida. Examen filosófico de prejuicios sentimentales.

3.º Ejercicios de sentimentalización personal, lejos de toda preocupación metafórica extraña a la elección realmente propia.

4.º Determinación del SENTIDO NUEVO adquirido. Adaptación de nuestra expresión interior y exterior a ese sentido. Cómo se ven los paisajes, por ejemplo, relacionados con los recuerdos personalísimos de nuestras infancias.

5.º Defensa tenaz de nuestro MODO PROPIO, que ha de estar en perpetuo perfeccionamiento, en relación con todos los grandes problemas del mundo. (Sociología, filosofía, arte, religión).

6.º Audacia y serenidad imperturbables

*para recibir con provecho las SORPRESAS INTEGRAS de nuestros corazones.*



¿Y la voluntad? También es necesario querer a nuestro propio modo.

No se puede aspirar a la adquisición del sentimiento nuevo, quererlo verdaderamente, sin pronunciar nuestros ejercicios voluntarios por las veredas personales de nuestros modos de ver y de sentir personales.

Querer, querer profundamente lo propio, quererlo con la audacia trágica del hombre alegre y heroico, del hombre franca y llanamente altruista, dará a las pequeñas circunstancias de los actos volitivos matices de una inusitada novedad psicológica. La voluntad no es una misma siempre. Para cada acto reserva una determinación peculiar y definitiva. No es la voluntad una unidad única y absoluta como lo exige el mundo consecuente de la razón: es un todo extraño, indefinible, cuyos dominios apenas empiezan a ser conocidos por el hombre...